

El Espejo



OSVALDO REBOLLEDA

El Espejo



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Aliento de Vida (Orihuela – España)**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

Contenido

Introducción	5
Capítulo uno: El espejo distorsionado	10
Capítulo dos: Velos que impiden ver	17
Capítulo tres: Escogidos antes de la fundación del mundo	24
Capítulo cuatro: Aceptos en el Amado	32
Capítulo cinco: Bendecido con toda bendición espiritual	38
Capítulo seis: El espíritu de sabiduría y de revelación	45
Capítulo siete: Conocer a Dios, la revelación primaria	53
Capítulo ocho: La esperanza del llamamiento	59

Capítulo nueve:	
Las riquezas de Su herencia en los santos.....	66
Capítulo diez:	
La supereminente grandeza de Su poder.....	72
Capítulo once:	
Volver al principio con los ojos abiertos.....	79
Capítulo doce:	
Mirarse en el espejo correcto.....	84
Capítulo trece:	
Sin velo, reflejando Su presencia.....	90
Capítulo catorce:	
Embajadores del Reino.....	96
Oración por revelación.....	103
Reconocimientos.....	106
Sobre el autor.....	108



Introducción

“El espejo de la revelación”

“no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación...”

Efesios 1:16 y 17

Vivimos en una generación que se mira constantemente... pero que no logra verse con claridad. El ser humano moderno ha multiplicado los espejos: pantallas, redes sociales, opiniones, métricas, logros y fracasos. En realidad, nunca antes hubo tantas formas de vernos como hoy en día y, sin embargo, nunca hubo tanta confusión acerca de quienes realmente somos.

Lamentablemente, la Iglesia no ha quedado al margen de esta distorsión. Muchos creyentes viven evaluándose a sí mismos a través de sus emociones, sus circunstancias o su desempeño espiritual. Se miden por cuánto oran, cuánto saben, cuánto logran vencer, o cuánto fallan. Se observan en el espejo equivocado... y como resultado, construyen una identidad inestable, frágil y profundamente humana.

Pero el problema no es la falta de esfuerzo, el problema es la falta de revelación, porque no es mirando hacia nosotros

mismos como descubrimos quiénes somos, sino mirando hacia Cristo.

Existe un espejo que no refleja lo que aparentamos... sino lo que verdaderamente somos en Él. Un espejo que no está construido por percepciones humanas, sino por una realidad eterna establecida en los cielos. Un espejo que no depende de nuestro rendimiento, sino de la obra consumada de Cristo. Ese espejo espiritual es la revelación.

El apóstol Pablo, al escribir a los Efesios, no comienza corrigiendo conductas, ni estableciendo reglas, ni demandando cambios externos. Comienza declarando una realidad espiritual ya establecida: Que fuimos escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo, que fuimos aceptos en el Amado y que ya hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales.

Estas no son promesas futuras, no son metas por alcanzar. no son recompensas por esfuerzo, son realidades ya otorgadas por gracia. Sin embargo, aquí se encuentra la gran paradoja de los hijos de Dios: Tenemos el adelanto de una herencia que no experimentamos, declaramos una autoridad que no ejercemos, y hemos sido posicionados en lugares celestiales, pero vivimos atrapados en percepciones terrenales.

¿Por qué nos sucede esto? Porque no basta con que algo haya sido dado... es necesario que nos sea revelado, por eso Pablo, después de declarar estas verdades, eleva una

oración, no pidiendo que Dios les dé más bendiciones a los hermanos de Éfeso, ni más recursos, ni siquiera más dones, sino que ora por algo mucho más profundo: Que les sea dada revelación de lo que estaba por enseñar. Esto es determinante.

Pablo entendía que la transformación del creyente no ocurría por acumulación de información, sino por iluminación espiritual. No es el conocimiento intelectual el que produce madurez, sino la revelación del Espíritu la que abre los ojos del entendimiento.

Sin embargo, también dejó en claro que la revelación no se puede fabricar, no se transmite como un contenido, no se hereda por cercanía a un ministro, ni por estudiar teología. La revelación es un acto soberano de Dios... pero también es una respuesta al hambre del corazón humano.

Dios no es indiferente a la búsqueda genuina, el cielo responde al deseo verdadero. Donde hay hambre, hay alimento, pero donde no hay interés por conocer a Dios, donde el corazón se conforma con lo superficial, donde la fe se reduce a resolver asuntos personales... la revelación se vuelve escasa, y la vida espiritual queda limitada.

Hoy, puedo asegurar como maestro, que gran parte de la Iglesia conoce muchas cosas acerca de Dios... pero conoce poco a Dios, y esa diferencia lo cambia todo, porque no es lo mismo saber de Él, que ser alumbrado. No es lo mismo

escuchar verdades, que vivir verdades con plenitud, así como no es lo mismo repetir doctrinas, que reflejar a Cristo.

Este libro nace con un propósito claro: Conducir a los santos a un Espejo. No al espejo de las emociones, no al espejo de las historias personales, no al espejo de los logros o los fracasos, sino al Espejo de la revelación en Cristo.

A lo largo de estas páginas, recorreremos las palabras de Pablo en el primer capítulo de Efesios, no como un texto teológico más, sino como una puerta hacia una realidad espiritual que necesita ser vista. Exploraremos lo que significa haber sido escogidos, regenerados y bendecidos por gracia. Descubriremos los portales de revelación que abren el entendimiento hacia la plenitud en Cristo y comprenderemos qué implica conocer a Dios, vivir desde Su llamado, administrar Sus riquezas y ejercer Su poder.

Pero sobre todo... aprenderemos a ver, porque cuando un hijo de Dios logra ver, todo cambia. Cuando logramos ver quiénes somos en Cristo, dejamos de esforzarnos por ser. Cuando llegamos a ver lo que hemos recibido, dejamos de mendigar lo que ya nos pertenece. Cuando vemos la verdad, quedamos libres de toda esclavitud interna y cuando vemos a Cristo, comenzamos a vernos con claridad.

La sociedad de hoy, tan carente y tan oscura, no necesita una Iglesia que se esfuerce por parecer espiritual, necesita una Iglesia que haya visto a Cristo... y que lo refleje

con claridad. Sin embargo, debemos asumir, que antes de reflejarlo debemos ver... De eso se trata la revelación...

Este libro es una invitación a detenernos, a despertar el hambre y la pasión por el Reino, a permitir que el Espíritu Santo quite todo velo... y nos muestre lo que siempre ha estado allí, pero que aún no hemos visto con plenitud. Porque el problema no es lo que Dios nos ha dado, sino cuanto de lo que nos ha otorgado hemos visto de verdad.

Como maestro de la Palabra, estoy persuadido que, si alguien lee estas páginas con un corazón dispuesto, los velos que acechan el corazón caerán por tierra; y cuando eso pase, no volverán a ser los mismos. Sus vidas en Cristo se renovarán y verán claramente quienes son y que poseen. Entonces, el propósito, el potencial y el poder reflejarán claramente la vida de Reino que Dios pretende.



Capítulo uno

El Espejo Distorsionado

“No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento...”

Efesios 1:16 al 18

Hay una realidad que, aunque no siempre se menciona abiertamente, atraviesa a gran parte de la Iglesia en este tiempo: muchos creyentes han aprendido a vivir sin saber realmente quiénes son en Cristo.

No se trata de una falta de actividad, ni de compromiso, ni siquiera de acceso a la enseñanza. Nunca antes hubo tanta predicación, tantos recursos, tantas voces hablando en nombre de Dios. Sin embargo, en medio de esa abundancia, persiste una carencia profunda, silenciosa, pero determinante: la falta de una verdadera revelación de la identidad.

El problema no está en lo que se oye, sino en lo que se ve, porque el ser humano no vive conforme a lo que escucha, sino conforme a lo que percibe de sí mismo. Y cuando la percepción está alterada, toda la vida termina construyéndose sobre una base distorsionada. Es aquí donde aparece la imagen del espejo...

Todo creyente, de alguna manera, se está mirando constantemente en un espejo interior que le devuelve una imagen de quién es. El problema es que, muchas veces, ese espejo no refleja la verdad de Dios, sino una mezcla de experiencias, emociones, enseñanzas parciales y conclusiones humanas.

Algunos se miran y ven sus errores pasados. Otros se definen por sus luchas presentes. Muchos han aprendido a verse a través de lo que otros dijeron de ellos, o incluso por lo que ellos mismos han llegado a creer después de años de frustración o desgaste espiritual. Y sin darse cuenta, terminan construyendo una identidad basada en lo que les ocurre, en lugar de hacerlo en lo que Dios ya declaró, y es así como se termina creando un espejo distorsionado.

No es que la persona no ame a Dios, ni que no desee avanzar. Es que está intentando hacerlo desde una imagen incorrecta de sí misma. Y cuando la identidad está mal definida, el caminar inevitablemente será limitado.

El hijo de Dios ora, pero lo hace desde la sensación de no ser suficiente. Sirve, pero muchas veces desde la

necesidad de aprobación. Busca a Dios, pero con la carga interna de quien siente que todavía tiene que ganarse algo. Y en ese proceso, sin darse cuenta, comienza a relacionarse con Dios desde un lugar que Cristo ya resolvió.

Porque una de las distorsiones más profundas que ha penetrado en la vida espiritual, es la idea de que debemos alcanzar aquello que Dios ya nos otorgó en Cristo, y este pensamiento no siempre es evidente. A veces se disfraza de compromiso, de disciplina, incluso de aparente madurez. Pero en su raíz, sigue siendo un intento humano de producir lo que solo puede recibirse por gracia.

Cuando el corazón no ha sido iluminado por la revelación, el cristiano inevitablemente cae en esta dinámica: intenta ser, en lugar de vivir desde lo que ya es. Y allí es donde el desgaste comienza.

Se esfuerza por agradar, por crecer, por avanzar, pero todo lo hace desde una base inestable. Porque, aunque ama a Dios, no logra verse como Dios lo ve. Y esa desconexión genera una vida espiritual marcada más por la lucha que por el reposo, más por la búsqueda que por la administración, más por la inseguridad que por la certeza. Esto revela una tensión que atraviesa toda la experiencia cristiana: la diferencia entre vivir desde lo natural o vivir desde lo eterno.

La realidad natural es inmediata, visible, tangible. Es lo que sentimos, lo que atravesamos, lo que podemos explicar con nuestra mente. Pero la realidad eterna, la que Dios

estableció en Cristo, no siempre es percibida de manera automática. Necesita ser revelada.

Y aquí está uno de los mayores conflictos del creyente: ha aprendido a interpretarse a sí mismo desde lo que siente, desde lo que le pasa, desde lo que ve en su vida diaria, en lugar de hacerlo desde lo que Dios ya dijo acerca de él. Así, la experiencia termina teniendo más peso que la verdad. Y cuando eso ocurre, el espejo se deforma aún más.

Algunos hijos de Dios comienzan a medir su identidad por sus resultados, su madurez por sus emociones, su cercanía a Dios por sus sensaciones. Y sin darse cuenta, se alejan progresivamente de la única referencia segura que deben tener: “la obra perfecta de Cristo”.

Porque Dios nunca diseñó que nos definiéramos desde la tierra, sino desde el cielo. No desde lo que estamos viviendo, sino desde lo que Él ya estableció. Pero esta distorsión no surge de la nada. Está profundamente alimentada por ciertos paradigmas que han moldeado la forma en que muchos entienden su comunión con Dios.

Uno de ellos es el paradigma del mérito. La idea, muchas veces inconsciente, de que debemos ganarnos lo que Dios da. Esto lleva al creyente a vivir en una constante sensación de deuda. Siempre hay algo más que hacer, algo más que demostrar, algo más que alcanzar. Y aunque exteriormente pueda parecer compromiso, interiormente genera una profunda inseguridad.

Otro paradigma es el de la culpa. Muchos no logran avanzar porque siguen relacionándose con Dios desde sus fallas, en lugar de hacerlo desde la obra de Cristo. La culpa mantiene al creyente mirando hacia atrás, recordándole constantemente lo que fue, en lugar de afirmarlo en lo que ahora es. Y junto a estos aparece el voluntarismo, esa tendencia a creer que todo depende del esfuerzo personal. Esto produce una espiritualidad agotadora, donde la persona intenta sostener con su propia fuerza lo que solo puede ser sostenido por el Espíritu.

Estos paradigmas no solo afectan la conducta, sino que alteran profundamente la forma en que los creyentes se ven a sí mismos. Son como filtros que distorsionan la imagen en el espejo, impidiendo que la verdad sea percibida con claridad. Pero en el fondo, todos estos problemas tienen una misma raíz: “la falta de revelación”.

No de información, sino de revelación. Porque la información puede llenar la mente, pero no necesariamente transforma el corazón. Se pueden lograr acuerdos mentales, se puede conocer doctrina, manejar conceptos, incluso enseñar a otros... y aun así vivir lejos de la realidad espiritual que esas verdades contienen.

La revelación, en cambio, es otra cosa. Es cuando una verdad que siempre estuvo disponible en Dios se vuelve visible en el interior del hombre. Es cuando lo que antes era un concepto, ahora se convierte en una certeza viva. Es cuando la luz de Dios irrumpe en el entendimiento y cambia

la forma en que la persona se percibe a sí misma. Por eso el problema de la Iglesia no es la falta de contenido, sino la ausencia de esa luz.

Sin revelación, la verdad se escucha, pero no se encarna. Se entiende, pero no se vive. Se repite, pero no transforma. Y mientras el espejo siga distorsionado, muchos creyentes seguirán intentando corregir sus vidas desde afuera, sin darse cuenta de que el verdadero cambio comienza cuando la imagen interior es restaurada.

Una Iglesia que no se reconoce, es una Iglesia que no puede manifestar lo que ha recibido. Puede tener recursos, puede tener estructura, puede tener enseñanza... pero si no logra verse como Dios la ve, siempre vivirá por debajo de su llamado.

Es como un heredero que posee una riqueza inmensa enterrada en el patio de su casa, pero vive en pobreza simplemente porque desconoce el tesoro escondido en la tierra que es de su propiedad.

La restauración comienza en el momento en que el espejo es corregido. No cuando los creyentes se esfuerzan más, ni cuando intentan mejorar externamente, sino cuando empiezan a ver.

Ver quiénes son. Ver qué han recibido. Ver dónde han sido posicionados. Y esa visión no se produce, se recibe. Este es el punto de partida. Porque antes de que la Iglesia pueda

reflejar a Cristo al mundo, necesita verse a sí misma correctamente en Él. Antes de manifestar la gloria, necesita contemplarla. Antes de caminar en autoridad, necesita reconocer la posición que le fue dada.

El problema nunca fue la falta de provisión, siempre fue la falta de visión. Y mientras el espejo siga distorsionado, la vida cristiana seguirá siendo una lucha por alcanzar lo que, en realidad, ya fue entregado.

Pero cuando la revelación llega, todo cambia. No porque algo nuevo haya sido dado, sino porque finalmente se puede ver lo que siempre estuvo disponible en Cristo.

“De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

2 Corintios 5:17



Capítulo dos

Velos que Impiden ver

“Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos.”

2 Corintios 3:14 y 15

Si el problema no es la falta de verdad, sino la incapacidad de verla correctamente, entonces es necesario preguntarnos qué es lo que está interfiriendo en la visión. Porque la realidad en Cristo no ha sido ocultada, ni restringida, ni limitada por Dios; sin embargo, muchos creyentes avanzan en su caminar espiritual como si esa realidad estuviera lejana, inaccesible o incluso reservada para unos pocos. Esto no ocurre porque Dios haya puesto distancia, sino porque existen velos que afectan la manera en que el corazón percibe.

La Escritura muestra que no todo el que oye, entiende, y no todo el que mira, ve. Hay una dimensión espiritual en la comprensión que no depende únicamente de la capacidad intelectual, sino de la condición interior. Es posible estar expuesto a la verdad y, aun así, permanecer ajeno a su impacto. No porque la verdad no tenga poder, sino porque algo está impidiendo que esa verdad sea recibida con claridad.

Estos velos no siempre son evidentes, porque principalmente están en el corazón. De hecho, su mayor fuerza radica en que muchas veces operan de forma silenciosa, mezclándose con prácticas aparentemente correctas, con lenguajes espirituales familiares y con estructuras que, en apariencia, parecen sanas. Pero en su esencia, bloquean la revelación y mantienen al creyente dentro de una experiencia limitada.

Uno de los velos más persistentes es la religiosidad. No entendida simplemente como una práctica externa, sino como una forma de relacionarse con Dios basada en estructuras humanas, donde lo espiritual queda reducido a hábitos, normas y comportamientos que pueden sostenerse sin una verdadera comunión con el Espíritu. La religiosidad no necesariamente niega a Dios, pero sí reemplaza la dependencia viva de Él por un sistema que puede funcionar sin revelación.

El problema no es la disciplina espiritual, ni las prácticas en sí mismas, sino cuando estas se convierten en un

fin, en lugar de ser un medio. Cuando el corazón deja de buscar a Dios y comienza a sostenerse en lo que hace para Dios, el proceso de revelación se detiene, porque la revelación no responde a la actividad, sino a la dependencia.

Junto a la religiosidad aparece otro velo, quizás más sutil pero igualmente peligroso: el humanismo espiritual. Es esa tendencia a colocar al hombre en el centro, incluso dentro de la vida cristiana. Se manifiesta cuando la fe se orienta principalmente hacia el bienestar personal, cuando el propósito se redefine en términos de realización individual y cuando la relación con Dios se mide por lo que se recibe en lugar de por lo que Él es.

Este enfoque, aunque puede parecer inofensivo, altera profundamente la percepción. Porque desplaza el eje desde Cristo hacia el hombre, y cuando eso ocurre, todo comienza a interpretarse desde una perspectiva limitada. La revelación deja de ser una puerta hacia lo eterno y se convierte en una herramienta para mejorar la experiencia terrenal. Y así, sin darse cuenta, el creyente deja de verse en Cristo para comenzar a verse desde sí mismo.

Pero hay un velo aún más profundo, que muchas veces pasa desapercibido incluso entre aquellos que buscan crecer espiritualmente, y es el velo de la autosuficiencia. No siempre se presenta como orgullo evidente; a veces adopta formas más aceptables, como la confianza en el conocimiento adquirido, en la experiencia acumulada o en la capacidad de comprender las Escrituras.

Es aquí donde se produce una de las sustituciones más peligrosas: cuando el conocimiento reemplaza a la revelación. Debemos tener cuidado con esto y lo digo como maestro de la Palabra: Se puede estudiar, analizar, interpretar, incluso enseñar con precisión, y aun así no ver. Porque la revelación no es el resultado de un proceso intelectual, sino de la obra del Espíritu Santo. Y cuando la mente y el corazón se acostumbran a operar desde lo que saben, dejan de depender de lo que Dios quiere mostrar.

Esto no significa que el conocimiento no sea importante, sino que no es suficiente. Cuando se convierte en la base, en lugar de ser un instrumento, se transforma en un velo. Porque genera la ilusión de comprensión sin producir transformación real.

De esta manera, las personas creen que han entendido, pero sus vidas no reflejan aquello que afirman conocer. Y esa desconexión entre lo que saben y lo que viven es una de las señales más claras de que la revelación aún no está operativa en ellos.

Hay una diferencia profunda entre información y transformación, y esa diferencia no radica en la cantidad de contenido, sino en la presencia de luz espiritual. La información puede ser acumulada, organizada y transmitida, pero la transformación solo ocurre cuando el Espíritu ilumina una verdad en el interior del hombre.

Por eso, dos personas pueden escuchar el mismo mensaje y salir con resultados completamente distintos. No porque uno haya prestado más atención que el otro, sino porque uno recibió revelación y el otro solo información. Quien recibió información solo puede entrar en algún acuerdo mental, pero eso dura poco tiempo. Solo quienes han recibido revelación caminarán en pacto de manera efectiva.

La revelación no depende del esfuerzo humano, pero sí encuentra un terreno favorable en un corazón dispuesto. No se produce por técnicas, ni se transfiere automáticamente por escuchar a alguien, sino que es concedida por Dios a aquellos que permanecen en una actitud de dependencia, hambre y apertura.

Y aquí es donde se revela otro de los problemas de este tiempo: la pérdida del hambre espiritual. Porque cuando el corazón se acostumbra a recibir sin procesar, a oír sin profundizar, a exponerse sin responder, comienza a endurecerse progresivamente. No de manera evidente, pero sí suficiente como para que la sensibilidad a la voz de Dios disminuya.

Dios no ha dejado de hablar, pero muchos han dejado de percibir. No porque Él se haya alejado, sino porque los velos han ido ocupando un lugar que antes pertenecía a la búsqueda genuina.

La revelación no es un recurso automático, es una respuesta divina a un corazón que anhela ver. Y cuando ese

anhelo se debilita, la experiencia espiritual se vuelve superficial, repetitiva, incluso correcta en apariencia, pero vacía de profundidad.

Así, el creyente continúa avanzando, pero sin ver con claridad. Sigue participando, pero sin comprender plenamente. Sigue escuchando, pero sin experimentar el impacto de lo que oye. Y mientras los velos permanezcan, el espejo seguirá distorsionado. Porque no se trata solo de recibir verdad, sino de verla como Dios la muestra. No basta con estar cerca del mensaje, es necesario que ese mensaje sea iluminado por el Espíritu en el interior.

La verdadera transformación comienza cuando los velos son quitados. No por un esfuerzo humano, sino por la obra de Dios en un corazón que vuelve a depender. Es en ese lugar donde la revelación comienza a fluir nuevamente. Donde la verdad deja de ser externa y se vuelve interna. Donde el creyente ya no solo escucha acerca de Cristo, sino que comienza a verlo. Y cuando eso ocurre, el espejo empieza a limpiarse.

La visión correcta no es el resultado de aprender más, sino de ver sin obstáculos. Y ver, en el Reino, siempre será un acto de revelación soberana, no de intercambio mental entre seres humanos de buena voluntad. La dinámica del Reino se desarrolla por un lugar muy diferente a la religión, pero lamentablemente muchos caen en la trampa. Por eso este llamado Divino a la espiritualidad genuina.

Dios necesita una iglesia gloriosa, compuesta de hijos hambrientos y determinados. Es verdad que el sistema cultural de este presente siglo malo está ejerciendo mucha oposición. Sin embargo, siempre habrá un remanente de hijos que busquen con genuino anhelo que Dios les muestre Su voluntad para ponerla por obra.

Es entonces cuando el espejo se aclara y entre los diseños de Dios surge nuestra esencia, nuestra identidad y nuestro propósito eterno.

“Si llamas a la inteligencia... si la buscas como a plata... entonces entenderás el temor del Señor, y hallarás el conocimiento de Dios.”

Proverbios 2:3 al 5



Capítulo tres

Escogidos antes de La Fundación del Mundo

“...Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado.”

Efesios 1:17 y 18

Hay verdades que no solo deben ser entendidas, sino contempladas con reverencia, porque tienen el poder de desarmar por completo la manera en que el ser humano se percibe a sí mismo. No son conceptos diseñados para alimentar el intelecto, sino realidades eternas que, cuando son reveladas, reordenan el corazón, aquietan la ansiedad del esfuerzo humano y establecen una seguridad que no depende de las circunstancias.

Una de esas verdades es esta: fuimos escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo (**Efesios 1:4**). El apóstol Pablo no presenta esta afirmación como una idea

secundaria, ni como un detalle teológico reservado para algunos, sino como un fundamento sobre el cual descansa toda la identidad del creyente. Sin embargo, a pesar de su profundidad, muchas veces esta verdad ha sido reducida a una doctrina discutida, analizada o incluso debatida, sin permitir que produzca el impacto para el cual fue revelada.

Porque si esta verdad es realmente vista, no solo comprendida, el corazón deja de relacionarse con Dios desde la inseguridad, desde la búsqueda constante de aprobación o desde la necesidad de validación, y comienza a reposar en una obra que fue determinada mucho antes de que existiéramos.

Ser escogidos en Cristo significa que el origen de nuestra identidad no está en la tierra, ni en nuestras decisiones, ni en nuestro desempeño, sino en la voluntad eterna de Dios. Antes de que pudiéramos hacer algo, antes de que existiera cualquier posibilidad de mérito o error, ya habíamos sido considerados en Él.

Esta realidad confronta directamente una de las estructuras más arraigadas en la mente humana: la idea de que nuestra relación con Dios está condicionada por lo que hacemos. Porque todo el sistema natural nos ha enseñado a funcionar desde la lógica del mérito, donde el valor se obtiene por rendimiento, donde la aceptación se gana por comportamiento y donde la seguridad depende del resultado. Pero en Cristo, esa lógica es completamente anulada.

No fuimos escogidos porque éramos dignos, ni porque haríamos las cosas bien, ni porque cumpliríamos ciertos estándares. Fuimos escogidos en Él, y esa elección tiene su raíz únicamente en el propósito y en la gracia de Dios. No comprendo cual es el motivo por el que tantos líderes espirituales hoy en día, tratan de desviar, camuflar o directamente negar esta verdad.

Algunos señalan estos conceptos como si fueran un invento de Calvino, pero eso es absurdo, que alguien haya interpretado correctamente una enseñanza bíblica, no implica que se haya adueñado de un pensamiento tal como si fuera su autor, ni que todo lo que enseñó haya estado correcto. Esto no lo digo considerando a Calvino como culpable, sino a todos los que discuten lineamientos teológicos en lugar de buscar la confirmación divina respecto de toda verdad. ¿O no es el Espíritu Santo quien debe conducirnos a ella? (**Juan 16:13**).

Es absurdamente presuntuoso considerar que los seres humanos somos capaces de salvarnos por elegir a Dios o por aceptarlo como salvador. Es la evidencia de un corazón arrogante atribuirse la capacidad de conseguir algo tan trascendente como la salvación, sin que Dios no deba determinarlo anteriormente. Y no solamente me refiero a la obra de la cruz, sino también a la convicción de pecado (**Juan 16:8**) y la concesión de la vida (**Juan 1:4**). Es decir, no se puede discutir que la salvación proviene del Señor y no es una capacidad nuestra (**Salmo 3:8; Salmo 62:1; Jonás 2:9; Salmo 37:39, etc.**).

Cuando esta verdad no es revelada, el creyente puede pasar años intentando alcanzar su salvación o afirmarse en su comunión con Dios, buscando señales, tratando de sostener una vida espiritual que le dé tranquilidad, pero siempre con una sensación interna de inestabilidad e inseguridad. Porque en el fondo, sigue midiendo su posición y su salvación en función de su desempeño.

Pero cuando la revelación de la elección en Cristo comienza a iluminar el corazón, algo se reordena profundamente. La relación con Dios deja de ser un terreno incierto y se convierte en un lugar de seguridad. No porque la persona haya alcanzado un nivel espiritual elevado, sino porque entiende que su punto de partida nunca estuvo en sí mismo. Y esto no produce pasividad, como algunos podrían pensar, sino libertad.

Porque el esfuerzo por ser aceptado es reemplazado por el descanso de saberse aceptado. La ansiedad por alcanzar es sustituida por la claridad de haber sido incluido. Y desde ese lugar, la vida cristiana deja de ser una carga y comienza a convertirse en una respuesta.

Es importante comprender que esta elección no fue individualista en su origen. No se trata de una selección aislada, como si cada persona hubiera sido elegida de manera independiente dentro de un esquema fragmentado. La Escritura es clara: fuimos escogidos en Cristo. Esto significa que la elección está centrada en Él, y que nuestra

participación en ella es a través de nuestra unión con Su persona. Esto cambia completamente la perspectiva.

Porque el centro ya no es el individuo, sino Cristo. Y la identidad no se construye mirando hacia uno mismo, sino contemplando a Aquel en quien fuimos incluidos. De esta manera, la vida cristiana deja de girar en torno a la autoevaluación constante y comienza a alinearse con la revelación de quién es Él.

En otras palabras, no fuimos escogidos para construir una identidad propia separada, sino para participar de una identidad que ya existe en Cristo. Y esto también redefine el propósito.

Porque si el origen está en Él, el destino también lo está. No se trata de descubrir un propósito personal desconectado, sino de comprender el propósito eterno que Dios estableció en Cristo y del cual ahora formamos parte. Esto nos libera de la presión de tener que “encontrar nuestro camino” en términos humanos, para comenzar a caminar en aquello que ya fue diseñado desde la eternidad.

Cuando esta verdad no es comprendida, el creyente puede caer fácilmente en comparaciones, frustraciones o incluso en una búsqueda constante de significado. Pero cuando es revelada, el corazón descansa en saber que no está improvisando su vida, sino participando de un diseño que lo precede.

Además, esta elección revela algo más profundo aún: el valor que Dios asignó a nuestra vida no nació de nuestra historia, sino de Su decisión. Y esto es fundamental, porque muchas personas arrastran una percepción de sí mismas marcada por su pasado, por sus errores, por sus contextos o por las palabras que otros han declarado sobre ellas. Pero la elección en Cristo rompe con todas esas referencias, porque establece una verdad que no depende de ninguna de esas cosas.

El valor no se define por lo que vivimos, sino por haber sido considerados en Él antes de todo. Esto no solo restaura la identidad, sino que también sana la manera en que el creyente se relaciona consigo mismo. Porque deja de verse desde sus limitaciones para comenzar a verse desde la intención de Dios. Sin embargo, esta verdad solo puede ser plenamente recibida cuando la gracia es entendida en su verdadera dimensión.

La gracia no es simplemente el medio por el cual fuimos perdonados, sino el fundamento sobre el cual somos sostenidos. No es un evento inicial, sino una realidad permanente. Y mientras la gracia sea vista como algo parcial o condicionado, el creyente seguirá intentando complementar con esfuerzo lo que Dios ya estableció de manera completa.

La elección en Cristo es, en sí misma, una expresión absoluta de la gracia. Nada en nosotros la provocó, nada en nosotros la sostuvo, y nada en nosotros puede anularla.

Porque no nació de nuestra voluntad, sino de la Suya. Y aquí es donde el espejo comienza a cambiar.

Porque cuando los creyentes dejamos de mirarnos desde la tierra y comenzamos a vernos desde esta verdad eterna, nuestras percepciones son transformadas. Ya no nos definimos por lo que fuimos, ni por lo que sentimos, ni por lo que hemos logrado, sino por lo que Dios nos ha concedido en Cristo. Y esa es una identidad que no fluctúa.

Esa es una identidad que no depende de temporadas, esa es una identidad que no puede ser alterada por las circunstancias.

Verse como escogido en Cristo no es una declaración teológica más; es el comienzo de una nueva manera de vivir. Es el punto donde la inseguridad pierde fuerza, donde el esfuerzo comienza a rendirse y donde el corazón aprende, por primera vez, a reposar en algo que no necesita sostener.

Porque lo que Dios estableció antes de la fundación del mundo, no está sujeto a lo que sucede en el tiempo. Y cuando esa verdad es vista, el espejo deja de mostrar una imagen construida por la experiencia, para comenzar a reflejar una identidad establecida en la eternidad.

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo,

pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.”

1 Pedro 2:9 y 10



Capítulo cuatro

Aceptos en El Amado

“En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”.

Efesios 1:5 al 7

Si la elección en Cristo establece el origen de nuestra identidad, la aceptación en Él define la manera en que vivimos esa identidad delante de Dios. Porque no basta con saber que fuimos escogidos; es necesario comprender cómo somos recibidos, cómo somos vistos y desde qué lugar nos relacionamos con el Padre.

Y aquí es donde muchos creyentes, aun amando sinceramente a Dios, continúan viviendo con una tensión interior que no logran resolver. Una sensación persistente de no ser suficientes, de no estar a la altura, de tener que

demostrar constantemente algo para sentirse en paz con Dios. No siempre lo expresan con palabras, pero lo evidencian en su forma de orar, de servir y de evaluarse a sí mismos.

Esa tensión no nace de la verdad, sino de una percepción distorsionada. Porque la Escritura declara que hemos sido hechos aceptos en el Amado, y esa afirmación no describe un proceso progresivo basado en el desempeño, sino una realidad establecida en Cristo. Sin embargo, cuando esta verdad no es revelada, el creyente intenta vivir una aceptación que ya le fue dada, como si aún tuviera que alcanzarla.

Así comienza una vida espiritual marcada por el esfuerzo interno de agradar a Dios, no desde el amor, sino desde la necesidad de aprobación.

El corazón humano, cuando no ha sido afirmado en la gracia, tiende a buscar constantemente validación. Y si no la encuentra claramente en Dios, la buscará en sus resultados, en su disciplina, en su servicio o incluso en la opinión de otros. Pero ninguna de estas cosas puede otorgar la seguridad que solo proviene de saberse aceptado en Cristo.

Porque la aceptación en el Amado no es parcial, ni condicional, ni fluctuante. No depende de cómo nos sentimos, ni de cómo hemos actuado en un determinado momento. Es el resultado directo de nuestra unión con Cristo, y por lo tanto, participa de la misma estabilidad que tiene Su obra.

Dios no nos acepta por lo que somos en nosotros mismos, sino por lo que somos en Él. Y esta verdad, cuando es vista, rompe uno de los ciclos más agotadores de la vida espiritual: el intento constante de “estar bien” con Dios.

Muchos creyentes viven tratando de alcanzar ese estado. Cuando oran más, sienten que se acercan. Cuando fallan, sienten que se alejan. Cuando logran sostener cierta disciplina, experimentan tranquilidad, pero cuando esa disciplina se debilita, vuelven a sentirse inseguros. Y así, sin darse cuenta, terminan relacionándose con Dios desde un sistema inestable, donde la cercanía parece depender de su comportamiento.

La aceptación en el Amado elimina completamente esa lógica, porque establece que nuestra relación con Dios no se basa en nuestras variaciones, sino en la permanencia de Cristo. No se construye sobre nuestro rendimiento, sino sobre Su obra perfecta. Y al comprender esto, el corazón comienza a salir de la oscilación emocional para entrar en una seguridad más profunda, más estable, más real.

Esto no significa que la vida del creyente no tenga procesos, ni crecimiento, ni áreas a madurar. Pero sí significa que nada de eso define su aceptación delante de Dios. La aceptación no es una meta, es el punto de partida. Y cuando esto no está claro, el creyente puede pasar años intentando llegar a un lugar donde, en realidad, ya ha sido colocado.

Aquí es donde aparece otro de los grandes conflictos internos: “el espíritu de orfandad”. No como un concepto teórico, sino como una experiencia real que afecta la manera en que la persona se percibe y se relaciona. Es posible haber sido adoptado por Dios y, sin embargo, vivir con la mentalidad de alguien que aún no tiene un lugar seguro.

La orfandad espiritual se manifiesta en la inseguridad, en la necesidad constante de aprobación, en la dificultad para descansar, en la tendencia a compararse y en el temor a no ser suficiente. Y todo esto persiste, no porque la adopción no sea real, sino porque la aceptación no ha sido revelada.

El huérfano intenta ganarse un lugar; el hijo vive desde el lugar que le fue dado. Y esta diferencia lo cambia todo. Porque el hijo no sirve para ser aceptado, sino porque ya es aceptado. No busca ser amado, sino que responde al amor que ha recibido. No vive para alcanzar identidad, sino que expresa la identidad que le fue otorgada.

Pero esta transición no ocurre automáticamente. No es el resultado del tiempo, ni de la acumulación de experiencias, sino de la revelación. Es cuando el Espíritu ilumina esta verdad en el corazón que la persona deja de relacionarse con Dios desde la distancia emocional y comienza a hacerlo desde la cercanía real. Y esa cercanía no es una sensación pasajera, sino una posición permanente.

Dios no se acerca y se aleja según nuestro comportamiento. No nos recibe en ciertos momentos y nos

rechaza en otros. No fluctúa en Su actitud hacia nosotros. Su aceptación está anclada en Cristo, y, por lo tanto, es tan firme como Él.

Esto confronta profundamente la manera en que muchos han aprendido a vivir su fe, porque rompe con la idea de una relación inestable y establece una base segura sobre la cual todo lo demás puede construirse.

Cuando el creyente comienza a verse como acepto en el Amado, algo cambia en su interior. La ansiedad disminuye, la necesidad de demostrar se debilita, el temor pierde fuerza. Ya no necesita sostener una imagen, ni esconder sus debilidades, ni esforzarse por aparentar una madurez que aún está en proceso. Porque sabe que su valor no está en lo que logra, sino en Aquel en quien ha sido recibido. Y desde ese lugar, la transformación se vuelve genuina.

Porque ya no nace de la presión, sino de la vida. No de la exigencia, sino de la comunión. No del intento de alcanzar, sino de la experiencia de haber sido alcanzado. Esta es una de las verdades que más profundamente limpia el espejo.

Porque corrige la manera en que el creyente se mira a sí mismo delante de Dios. Ya no se ve como alguien que está intentando ser aceptado, sino como alguien que ha sido plenamente recibido en Cristo. Y cuando eso ocurre, la comunión con Dios deja de ser una carga y se convierte en un lugar de descanso. Un descanso que no produce pasividad, sino libertad.

Libertad para amar sin miedo, para servir sin presión, para crecer sin condenación. Libertad para caminar con Dios no desde la inseguridad, sino desde la certeza de que nada tiene que ser añadido a la obra que ya fue hecha. Porque en el Amado, no solo fuimos escogidos. Fuimos plenamente aceptados, y esa aceptación no necesita ser sostenida, solo necesita ser revelada y vivida.

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.”

Efesios 2:8 y 9



Capítulo cinco

Bendecidos con toda Bendición espiritual

*“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos bendijo con toda bendición espiritual en los
lugares celestiales en Cristo.”*

Efesios 1:3

Hay afirmaciones en la Escritura que no pueden ser abordadas superficialmente, porque contienen en sí mismas una carga espiritual que trasciende la comprensión natural. No fueron escritas para ser simplemente leídas, sino para ser vistas a la luz del Espíritu. Y una de ellas es esta declaración contundente: hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.

El problema no radica en la falta de exposición a este versículo, sino en la falta de revelación sobre lo que realmente implica. Muchos lo han leído, lo han escuchado, incluso lo han repetido, pero continúan viviendo como si esa bendición fuera parcial, futura o condicionada. Y en esa desconexión entre lo que Dios ha dicho y lo que el creyente

experimenta, se revela nuevamente la necesidad de que el espejo sea corregido.

Porque esta afirmación no describe una promesa que está en proceso de cumplirse, ni una posibilidad que depende de ciertas condiciones humanas. Es una declaración consumada, una realidad establecida en Cristo, independiente de las circunstancias, del nivel espiritual o del entendimiento actual del creyente.

“Hemos sido bendecidos”, no es algo que está por suceder, ni algo que se activa en determinados momentos. Es una condición espiritual que ya nos ha sido otorgada. Y esta diferencia es fundamental, porque redefine completamente la manera en que nos relacionamos con Dios.

Cuando esta verdad no es comprendida, la oración del creyente tiende a estar orientada hacia la búsqueda de aquello que ya posee. Se pide lo que ya fue dado, se persigue lo que ya fue entregado, se anhela lo que ya forma parte de la herencia en Cristo. Y aunque esa búsqueda pueda ser sincera, nace de una percepción incompleta.

Pero cuando la revelación de esta verdad comienza a iluminar el corazón, la dinámica cambia. La oración deja de ser un intento de obtener y comienza a convertirse en un ejercicio de entendimiento. El enfoque ya no está en alcanzar, sino en comprender; no en convencer a Dios de dar, sino en permitir que el Espíritu muestre lo que ya ha sido dado.

Esto no elimina la oración, sino que la transforma. porque los hijos de Dios ya no oramos desde la carencia, sino desde la plenitud que portamos en Cristo. No desde la necesidad de que algo ocurra, sino desde el deseo de ver con claridad lo que ya ocurrió en Cristo eternamente y por siempre.

Y aquí es donde aparece una de las claves más importantes de esta declaración: toda bendición espiritual. Pablo no dijo: Algunas, no dijo muchas, no dijo las necesarias para ciertos momentos, sino “toda”. Esto habla de una provisión completa, de una herencia integral que no está fragmentada ni distribuida por etapas, sino que ha sido depositada en su totalidad en Cristo.

Sin embargo, es importante comprender que el énfasis no está únicamente en la cantidad, sino en la naturaleza de esa bendición que es “espiritual”. Esto no significa que sea abstracta o desconectada de la vida práctica, sino que su origen, su esencia y su funcionamiento pertenecen a una dimensión distinta a la natural. No se rige por las limitaciones visibles, ni depende de los recursos humanos, ni está sujeta a las condiciones terrenales.

Es una bendición que proviene de Dios, que opera en el ámbito del Espíritu y que tiene la capacidad de afectar todas las áreas de la vida, pero desde una fuente superior. Y esto requiere un cambio profundo en la manera en que percibimos todo lo que recibimos desde la provisión hasta la abundancia.

Porque si intentamos interpretar lo espiritual desde lo natural, inevitablemente reduciremos lo que Dios nos ha dado. Mediremos la bendición por lo que vemos, por lo que sentimos, por lo que experimentamos en lo inmediato, y al hacerlo, perderemos de vista la dimensión real de lo que ya hemos recibido en Cristo.

Pero cuando la revelación comienza a operar, entendemos que lo que ha sido dado en el Espíritu es más real que cualquier circunstancia visible. Y desde esa comprensión, aprendemos a vivir no determinados por lo que ocurre afuera, sino por lo que ya ha sido establecido en Cristo.

Esto nos lleva a otro aspecto fundamental de esta declaración: “los lugares celestiales”. Aquí no se está hablando de un destino futuro, sino de una posición presente. No es un lugar al que iremos, sino una realidad en la que ya hemos sido introducidos en Cristo. Es desde allí que la bendición ha sido otorgada, y es desde allí que debe ser entendida.

Se nos debe revelar que el Nuevo Pacto, nos hace uno en Cristo (**1 Corintios 6:17**). Esto implica que Él nos habita por su Espíritu Santo (**Efesios 2:22**), y que nosotros en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**), porque fuera de Él no hay nada (**Romanos 11:36**). Esta dinámica nos sitúa a nosotros en Él, como a Él en nosotros. A nosotros en lugares celestiales, al igual que Él en ambientes terrenales.

Nosotros lo representamos en la tierra porque somos sus embajadores (**2 Corintios 5:20**), pero Él nos representa en el cielo porque es nuestro mediador ante el Padre (**1 Timoteo 2:5**). Nosotros en Él tenemos acceso al Padre y Él en nosotros, obtiene acceso a la tierra. Nosotros en Él podemos hablar con el Padre, pero Él en nosotros puede hablar al mundo necesitado. Somos uno, esa es la riqueza del Nuevo Pacto.

El problema es que muchos creyentes siguen viviendo exclusivamente desde la tierra, intentando acceder a realidades espirituales sin reconocer la posición que ya tienen en Cristo, tal vez pensando que ciertos méritos además de la fe, son necesarios para acceder a ciertas dimensiones. Al final, esta desconexión genera una vida marcada por la lucha, por la incertidumbre y por la sensación constante de distancia.

Pero cuando el corazón comienza a ver que ha sido posicionado en los lugares celestiales, algo cambia profundamente. La perspectiva se eleva, la visión se alinea, y la vida deja de interpretarse únicamente desde lo que sucede en lo visible. Entonces comenzamos a entender que no estamos tratando de llegar a ese lugar, sino que ya hemos sido establecidos en él. Y desde esa posición, todo lo demás comienza a ordenarse.

No es lo mismo vivir intentando acceder, que vivir aprendiendo a administrar. Y aquí es donde esta verdad comienza a adquirir una dimensión práctica.

La bendición no solo ha sido dada, sino que necesita ser comprendida para ser gestionada. No en el sentido humano de control, sino en el sentido espiritual de administración. Porque lo que no se ve, no se puede administrar, y lo que no se administra, no se manifiesta.

Muchos creyentes poseen una herencia que no están utilizando, no porque no les pertenezca, sino porque no la ven, y al no verla, no la reconocen, y al no reconocerla, no la ejercen. Claro, uno de los mayores enemigos de esta revelación ha sido la enseñanza de que la herencia solo nos espera en el cielo, con lo cual anulan todo lo que hemos recibido como las arras de esta.

Así, la vida cristiana se reduce a una experiencia limitada, no por falta de provisión, sino por falta de percepción. Pero cuando el Espíritu comienza a revelar lo que implica haber sido bendecidos con toda bendición espiritual, los creyentes dejan de vivir condicionado por la escasez y comienzan a caminar desde la abundancia. No una abundancia definida por parámetros humanos, sino una abundancia que fluye desde la realidad de Cristo.

Esto no significa que todas las circunstancias cambian de inmediato, sino que la manera de enfrentarlas es transformada. Porque ahora la referencia no es lo que falta, sino lo que ha sido dado. No lo que se ve, sino lo que se ha establecido en el Espíritu. Y desde esa posición, la vida adquiere una firmeza distinta.

Los hijos de Dios ya no somos arrastrados por las circunstancias, ni definidos por los momentos, ni limitados por lo visible, sino que comenzamos a caminar con una conciencia diferente, con una seguridad que no depende del entorno, sino de la revelación de la verdad eterna en Cristo.

Esto es, en esencia, lo que corrige el espejo, porque deja de reflejar una identidad marcada por la necesidad, para comenzar a mostrar una vida posicionada en la provisión de Dios. No una provisión que se espera, sino una provisión que ya ha sido otorgada en Cristo. Y cuando esa verdad es vista, la vida deja de ser una búsqueda constante de bendición, para convertirse en la expresión de una bendición que ya ha sido recibida.

“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.”

Colosenses 2:9 y 10



Capítulo seis

El espíritu de Sabiduría y Revelación

“Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él”

Efesios 1:15 al 17

Después de establecer una de las declaraciones más elevadas sobre la identidad y la herencia en Cristo, el apóstol Pablo no asume que la Iglesia automáticamente comprenderá lo que ha sido dicho. No da por hecho que, por haber escuchado estas verdades, los creyentes vivirán conforme a ellas. Por el contrario, inmediatamente se posiciona en oración, reconociendo que existe una distancia entre lo que ha sido otorgado y lo que realmente es percibido por el corazón. Y es en ese momento donde introduce una de las claves más profundas de toda la vida espiritual: “la necesidad

de recibir espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Dios.”

Esta oración no es un complemento opcional, ni una sugerencia devocional. Es el reconocimiento de una realidad fundamental: todo lo que Dios ha hecho en Cristo, aunque ya es pleno y perfecto, necesita ser revelado para poder ser vivido. Sin esa intervención del Espíritu, la verdad permanece como un contenido externo, correcto en su forma, pero ineficaz en su impacto.

Pablo no ora para que la Iglesia tenga más información, ni para que acceda a nuevos conceptos, ni siquiera para que desarrolle mayor capacidad de análisis espiritual. Ora para que Dios mismo conceda algo que ningún hombre puede producir: “revelación”.

Y esto es determinante, porque establece un límite claro a todo esfuerzo humano en la vida espiritual. Hay una dimensión a la que no se puede acceder por estudio, por experiencia, por disciplina ni por transmisión de otro. Es una obra que pertenece exclusivamente al Espíritu de Dios.

El ser humano puede enseñar, explicar, ordenar, incluso compartir lo que ha sido revelado a su propia vida, pero no puede transferir esa revelación a otro. Puede exponer la verdad, pero no puede abrir los ojos espirituales. Puede señalar el camino, pero no puede producir la visión. Y comprender esto es vital, porque protege al creyente de una de las confusiones más comunes: pensar que la revelación

depende de la capacidad del que enseña o de la cercanía con ciertas personas.

La revelación no fluye por contacto humano, sino por dependencia del Espíritu Santo. Esto no disminuye el valor de la enseñanza, pero sí la ubica en su lugar correcto. La enseñanza prepara, ordena, expone, pero es el Espíritu quien ilumina. Y cuando esa iluminación no ocurre, el conocimiento puede acumularse sin producir transformación.

Por eso es posible que alguien esté rodeado de buena enseñanza y, aun así, no ver. No porque la enseñanza sea incorrecta, sino porque la revelación no ha operado. De hecho, en los días de Jesús vemos que muchos religiosos, incluso teniendo conocimiento bíblico, no entendían a la Palabra viva. Ante esto, nadie puede decir que no habló con unción, sin embargo, la revelación es soberana.

Es por esto, que lo que no le concedió a los que decían ver siendo ciegos espirituales, se lo concedió a un humilde pescador que determinó seguir a Cristo. En el evangelio de Mateo vemos a Pedro comprendiendo que Jesús era el Cristo, y a este diciéndole: ***“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”*** (Mateo 16:17).

Y aquí es donde se vuelve necesario revisar no solo lo que escuchamos, sino desde dónde lo escuchamos. Porque la revelación no responde a la exposición, sino a la postura del corazón. No es el resultado automático de oír, sino la

respuesta de Dios a una actitud de dependencia, de hambre, de apertura genuina.

Ante los hermanos de Éfeso Pablo no ora desde la casualidad, ora desde la comprensión de que la Iglesia necesita algo que no puede generar por sí misma. Y esto introduce una tensión necesaria en la vida espiritual: la revelación no puede ser entregada ni por un apóstol que viajó al tercer cielo, ni puede ser producida por un receptor, pero sí puede ser buscada, anhelada, y valorada.

No se puede controlar lo que viene del Reino, pero sí se puede suplicar al Rey que otorgue lo que necesitamos recibir. La revelación tampoco será soltada por curiosidad o por vanidad, solo es soltada por propósito y Dios conoce lo que hay en cada corazón.

Esta dinámica es profundamente importante, porque evita dos extremos. Por un lado, el intento humano de producir revelación a través de métodos, esfuerzos o estructuras; y por otro, la pasividad que espera que todo ocurra sin involucrar el corazón.

La revelación es un regalo, pero no es indiferente al hambre, ni al deseo sincero, ni al corazón enfocado en encontrar el propósito Divino. Dios no ha condicionado Su verdad a la capacidad intelectual, pero sí responde a la disposición interior. Hay una correspondencia espiritual entre el deseo genuino de ver y la acción de Dios revelando.

Por eso, cuando el corazón pierde el hambre, la revelación se detiene. No porque Dios haya dejado de dar, sino porque la disposición para recibir ha disminuido. Y este es uno de los diagnósticos más delicados de nuestro tiempo, ya que podemos ver mucha exposición, pero poca hambre. Mucho contenido, pero poca búsqueda. Hay acceso, pero poca dependencia.

Yo sé perfectamente lo que el Señor por Su gracia me ha entregado. Muchos me preguntan por qué gravo todo y por qué escribo tantos libros. La verdad es que no busco ganancias materiales, ni reconocimiento, ni éxito, porque la vida es demasiado breve como para eso. Solo busco entregar por gracia lo que por gracia he recibido.

Se que tengo un límite de días para entregar lo que recibo de Dios y por eso mi urgencia. Cuando gravo los audios de mis conferencias, las envío gratuitamente a las radios que las solicitan y algunas las subo a mi página personal. A los libros los comparto de forma gratuita, aunque muchos me han dicho que eso solo genera una falta de valoración.

Sin embargo, mi único deseo es bendecir a mis hermanos entregándoles las riquezas que Dios por Su divina gracia me hace saber. Yo la recibo por propósito ministerial y porque ciertamente la busco con desesperación cada día. Tal vez por eso, me impacta mucho cuando algunos hermanos, pudiendo recibir gratuitamente ricas enseñanzas, ni siquiera hacen por leerlas.

Los audios están al aire, no necesitan cambiarse he ir a una reunión para escucharlos, pueden hacerlo en cualquier momento, si lo prefieren tienen videos, y si les gusta leer la mayoría de las enseñanzas están escritas. Tienen la Biblia en todas las versiones, con todo tipo de letra, tamaño y color. Lo único que tienen que hacer es dedicar un poco de su tiempo para recibir una palabra buscando una revelación que pueda cambiarles la vida, y muchos no lo hacen.

En ese contexto, la vida espiritual corre el riesgo de volverse superficial, sostenida por emociones y poco conocimiento, o por la acumulación de conceptos que algunos adquieren, pero carentes de la profundidad que solo la revelación puede producir.

El espíritu de sabiduría y de revelación no solo permite entender verdades, sino que nos permite verlas en su dimensión real. No se limita a aclarar ideas, sino que transforma la percepción. Y al transformar la percepción, cambia la manera en que podemos relacionar todo con Dios, con nosotros mismos, con nuestro propósito y con la realidad que nos rodea.

La sabiduría, en este contexto, no es simplemente conocimiento aplicado, sino la capacidad de interpretar la vida desde la perspectiva de Dios. Es ver las cosas como Él las ve, no como parecen. Es tener una comprensión que no nace del análisis humano, sino de la luz espiritual. Y la revelación es el medio por el cual esa sabiduría se vuelve accesible.

No es un fenómeno emocional, ni una experiencia aislada, sino una obra continua del Espíritu Santo que va iluminando progresivamente el entendimiento de quienes mostramos disposición y deseo. Además, esto no ocurre una sola vez, sino que se desarrolla a medida que el corazón permanece abierto y dependiente.

Por eso la vida cristiana no puede sostenerse sobre experiencias pasadas de revelación. Necesita una relación viva, constante, donde el Espíritu sigue mostrando, sigue abriendo, sigue profundizando.

Cuando esto se pierde, comenzamos a vivir de lo que una vez vimos, pero ya no estamos viendo. Y eso genera una desconexión progresiva, donde la verdad que antes nos impactaba ahora se vuelve familiar, pero sin fuerza transformadora.

La revelación no puede ser reemplazada por la memoria, necesita ser renovada por la comunión. Todos en algún momento comimos un alimento exquisito, pero eso no implica que ese alimento pueda saciarnos todos los días. Lo que comimos ayer nos ayudó a vivir, pero hoy necesitamos volver a ser suministrados para seguir vivos y fuertes espiritualmente. Por eso Jesús enseñó a orar pidiendo el pan nuestro de cada día.

Aquí es donde el espejo comienza a alinearse de manera definitiva. Porque todo lo que ha sido establecido en Cristo, todo lo que ha sido otorgado, todo lo que ha sido

declarado, comienza a hacerse visible no por esfuerzo, sino por revelación. Y al hacerse visible, deja de ser una verdad lejana para convertirse en una realidad presente.

Cuando comprendemos esto, dejamos de intentar convencernos de lo que somos, pasando al siguiente nivel, que es nada menos que poder vernos en Cristo. Cuando esto ocurre dejamos de repetir conceptos esperando que algún día cobren sentido, sino que empezamos a vivir desde lo que hemos visto a través de la iluminación interior.

Y ese es el punto de quiebre. Porque cuando la revelación llega, el esfuerzo pierde protagonismo, la inseguridad se debilita y la vida comienza a alinearse de manera natural con lo que hemos visto. No porque todo esté resuelto externamente, sino porque internamente hay claridad. Y la claridad espiritual tiene un poder que ninguna otra cosa puede reemplazar.

Sin duda, es la luz que corrige el espejo, y la luz está en la vida del Espíritu (**Juan 1:4**). Esa es la llave que abre el acceso a toda verdad revelada. Es el inicio de una vida que ya no se construye intentando alcanzar, sino respondiendo a lo que ha sido revelado.



Capítulo siete

Conocer a Dios

La revelación primaria

“que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él”

Efesios 1:15 al 17

Si la revelación es la única vía para ver correctamente, entonces es necesario comprender qué es lo primero que el Espíritu desea mostrar. Porque no toda revelación tiene el mismo peso, ni todas las verdades ocupan el mismo lugar en el diseño de Dios. Hay un orden, una prioridad, una dirección clara en aquello que el Espíritu anhela impartir al corazón de los hijos de Dios.

Pablo lo expresa con absoluta precisión cuando declara que el espíritu de sabiduría y de revelación debe operar en el conocimiento de Dios. No comienza por el propósito, ni por los recursos, ni por el poder. Comienza por Él.

Esto no es un detalle menor, es el fundamento de todo. Porque la vida cristiana no se sostiene sobre lo que Dios da, sino sobre quién es Dios. Y cuando este orden se invierte, la experiencia espiritual inevitablemente se distorsiona.

Muchos buscan respuestas, dirección, intervención, provisión... pero sin una revelación creciente de la persona de Dios. Y en ese proceso, aunque puedan recibir cosas, no logran establecer una vida firme, porque han intentado construir sobre lo secundario sin haber sido afirmados en lo esencial.

Conocer a Dios no es acumular información acerca de la Biblia, no es manejar conceptos teológicos, ni tener claridad doctrinal, ni poder describir Sus atributos con precisión. Todo eso puede estar presente, y aun así no tener un verdadero conocimiento. Porque el conocimiento del que habla Pablo no es intelectual, es relacional. No se trata de saber cosas de Dios, sino de verlo, de percibirlo, de experimentar Su realidad en nuestro interior.

Es un conocimiento que transforma, que ordena, que redefine. Es el tipo de conocimiento que, cuando llega, cambia nuestra manera de vernos, nos ayuda a interpretar nuestra vida correctamente; a responder a quienes nos rodean y nos enfoca gestionar la vida de manera efectiva. Porque al conocer a Dios, todo lo demás comienza a ubicarse en su justo lugar.

Esto implica que hay medidas en la revelación de Dios. No en el sentido de que Él se limite, sino en la capacidad del creyente para percibirlo. Dios no cambia, pero nuestra visión sí puede profundizarse. Y en la medida en que esa revelación aumenta, la vida espiritual deja de ser superficial para volverse cada vez más sólida, más estable, más alineada con la verdad.

Por eso no es lo mismo creer en Dios que conocer a Dios. Se puede creer sin conocer profundamente, pero no se puede conocer sin ser transformados. Porque cuando Dios se nos revela, no solo nos informa, sino que nos impacta. No solo se muestra, sino que altera nuestra estructura interna. Su revelación no es neutra, es invasiva en el mejor sentido: entra, ordena, ilumina y establece.

Una de las primeras cosas que ocurre cuando Dios comienza a revelarse es que la verdad deja de ser una idea para convertirse en una persona. Jesús no dijo que enseñaría la verdad, dijo claramente que Él es la verdad (**Juan 14:6**).

Esto cambia completamente la perspectiva, porque ya no estamos hablando de principios abstractos, sino de una realidad viva. Y conocer la verdad no es simplemente entender conceptos correctos, sino conocer a Cristo mismo.

Por eso, la revelación de Dios es también la revelación de la verdad. Y cuando la verdad es vista, produce libertad. No una libertad emocional, momentánea o superficial, sino una libertad real, profunda, que afecta la manera en que

vivimos. Porque nos libera de las distorsiones, de las mentiras asumidas, de las percepciones incorrectas que pueden haber moldeado nuestra identidad.

La esclavitud espiritual no siempre es evidente. Muchas veces se manifiesta en formas sutiles: en pensamientos limitantes, en inseguridades persistentes, en patrones que se repiten, en una vida que no logra avanzar más allá de ciertos límites invisibles.

Pero todo eso tiene una raíz común: la falta de verdad revelada. Porque en realidad no somos limitados por lo que no tenemos, sino por lo que no vemos. Y aquí es donde el conocimiento de Dios se vuelve esencial para el gobierno espiritual, porque los esclavos no gobiernan.

La Escritura es clara al mostrar que mientras el creyente permanece en inmadurez, aunque sea heredero, en nada difiere de un esclavo (**Gálatas 4:1**). No porque no tenga herencia, sino porque no tiene la capacidad de administrarla. Y esa capacidad no viene simplemente con el tiempo, sino con la revelación progresiva.

La madurez espiritual no es el resultado automático de los años, sino de la profundidad con la que Dios ha sido conocido. Porque al conocer a Dios, dejamos de vivir desde la reacción y comenzamos a vivir desde la comprensión. Dejamos de movernos por impulsos y comenzamos a responder desde la verdad. Dejamos de ser arrastrados por lo

que ocurre y comenzamos a ejercer dominio desde lo que se nos ha revelado.

¡Esto es gobierno! No en un sentido humano de control, sino en una expresión espiritual de autoridad que nace de la alineación con Dios. Y esa autoridad no puede ser ejercida correctamente si no hay una revelación clara de quién es Él. Por eso, el mayor crecimiento que la Iglesia necesita no es en actividad, ni en estructura, ni siquiera en recursos. Es en el conocimiento de Dios, porque todo lo demás depende de esto.

El propósito solo puede ser entendido correctamente cuando Dios es conocido. Las riquezas solo pueden ser administradas correctamente cuando Dios es conocido. El poder solo puede ser ejercido correctamente cuando Dios es conocido. Sin esa base, todo lo demás se distorsiona.

Aquí es donde el espejo encuentra su punto más importante. Porque no podemos vernos correctamente de manera espiritual, si no vemos primero a Dios.

Intentar definir la identidad sin conocer a Dios es construir sobre una referencia incompleta. Es mirarnos sin luz suficiente. Es intentar entendernos desde nosotros mismos, en lugar de hacerlo desde Aquel en quien todo tiene sentido.

Cuando Dios comienza a revelarse, el reflejo cambia. Porque al verlo a Él, comenzamos a vernos a nosotros en Él.

Y esto transforma la identidad de una manera profunda. Ya no se trata de construir una imagen personal, ni de corregir aspectos externos, ni de esforzarse por ser algo diferente. Se trata de contemplar, de ver, de conocer... y en ese proceso, la vida comienza a alinearse de forma natural con aquello que ha sido revelado.

Porque el conocimiento de Dios no solo nos informa quién es Él, sino que nos revela quiénes somos en Él. Y ahí es donde comienza la verdadera libertad.

Una libertad que no depende de circunstancias, ni de procesos externos, ni de condiciones favorables, sino de una revelación interna que establece una nueva manera de ver.

Ver espiritualmente a Dios es la clave, porque al verlo a Él, logramos vernos correctamente a nosotros mismos. Jesús dijo: ***“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”*** (Juan 14:9). Esto es extraordinario y muy aleccionador, no solo para comprender las dimensiones de Cristo, sino también las nuestras.

Ver espiritualmente lo que Dios nos ha concedido en Cristo, no es una fantasía mística, es una verdad eterna que debemos transitar. No hacerlo, es vivir por debajo de las expectativas que la fe nos propone. El Nuevo Pacto es un diseño extraordinario y ruego a Dios que podamos abrazarlo para avanzar hacia la plenitud.

Capítulo ocho

La Esperanza del llamamiento

“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado...”

Efesios 1:18

Después de establecer que la revelación debe comenzar en el conocimiento de Dios, el apóstol Pablo continúa su oración señalando una segunda dimensión que necesita ser iluminada en nuestro corazón: “la esperanza del llamamiento”. No se trata simplemente de conocer que hemos sido llamados, sino de ver con claridad qué implica ese llamado, cuál es su naturaleza y desde dónde debe ser comprendido.

Y aquí es donde muchas veces la comprensión se desvía, porque en nuestro tiempo, el concepto de propósito ha sido ampliamente difundido, pero no siempre correctamente definido. Se habla de propósito en términos de realización personal, de metas individuales, de sueños por cumplir, y aunque algunas de estas ideas pueden tener

elementos válidos, cuando no están centradas en Cristo terminan produciendo una búsqueda desordenada, donde el creyente intenta descubrir su lugar sin entender primero el diseño al cual pertenece.

La esperanza del llamamiento no comienza en el individuo, comienza en Dios. No nace de lo que queremos hacer con nuestra vida, sino de lo que Dios ha determinado hacer en Cristo. Y esto es fundamental, porque cambia completamente el punto de partida. Ya no se trata de mirar hacia adentro para descubrir un propósito propio, sino de mirar hacia Cristo para entender el propósito al cual hemos sido incorporados.

El llamado no es, en esencia, individualista, sino corporativo. Dios no está formando individuos aislados con destinos independientes, sino un cuerpo en Cristo, una expresión colectiva que responde a un diseño eterno. Y cada creyente encuentra su lugar no cuando define su propio camino, sino cuando comprende su función dentro de ese cuerpo.

Esto libera al corazón de una de las presiones más comunes en la vida espiritual: la necesidad de “encontrar su propósito” como si se tratara de algo oculto, incierto o distante. Porque el propósito no está escondido, está revelado en Cristo, y lo que necesitamos no es inventarlo, sino verlo.

Cuando esta verdad no es comprendida, podemos pasar mucho tiempo buscando dirección, probando caminos,

comparándonos con otros, intentando descubrir dónde encajamos, pero siempre desde una perspectiva fragmentada. Y en ese proceso, es fácil caer en frustración, en inseguridad o incluso en la sensación de estar fuera del plan de Dios.

Pero cuando la revelación de la esperanza del llamamiento comienza a operar en nuestro interior, algo se ordena profundamente. Dejamos de buscar un propósito propio y comenzamos a alinearlos con el propósito eterno de Dios en Cristo.

Desde ese lugar, todo cobra sentido, porque llegamos a entender que nuestra vida no es una construcción independiente, sino una participación en algo mucho mayor. Que no estamos tratando de definir nuestro destino, sino de responder a un diseño que ya ha sido establecido. Y que su valor no está en lo que logramos individualmente, sino en su conexión con Cristo y con Su cuerpo.

La palabra esperanza aquí no habla de incertidumbre, sino de expectativa segura. No es un deseo que podría o no cumplirse, sino una certeza que necesita ser revelada. Es la comprensión de que el llamado de Dios no es improvisado, ni cambiante, ni sujeto a las condiciones humanas, sino firme, estable y lleno de propósito. Y esta esperanza tiene un efecto directo en nuestra vida.

Porque cuando el llamado es visto correctamente, la vida deja de ser una sucesión de eventos desconectados y comienza a percibirse como parte de una dirección clara.

Incluso en medio de procesos, de pruebas o de momentos que no se comprenden completamente, hay una certeza interna que sostiene: hay un propósito, y ese propósito está en Cristo. Esto produce estabilidad.

No una estabilidad basada en circunstancias favorables, sino una que nace de saber que nuestra vida está anclada en algo eterno. Y desde esa seguridad, podemos avanzar sin necesidad de entenderlo todo, porque llegamos a confiar en Aquel que nos llamó.

Ahora bien, esto no anula la expresión individual, sino que la ubica correctamente. Dios ha dado dones, talentos, capacidades, inclinaciones, y todo eso tiene un lugar dentro de Su propósito. Pero esas expresiones no definen el propósito, lo manifiestan. No son el origen, son el medio.

Cuando se invierte este orden, comenzamos a construir nuestras vidas basados de nuestras capacidades, en lugar de hacerlo fundamentados en Cristo. Y aunque pueda haber resultados, la esencia se pierde, porque el centro ha sido desplazado. Pero cuando Cristo permanece como el centro, todo lo demás encuentra su lugar.

Los dones dejan de ser una herramienta de autoafirmación y se convierten en una expresión del Reino. Las capacidades dejan de ser un medio para destacar y pasan a ser instrumentos para edificar. Y la vida entera comienza a alinearse con una lógica distinta, donde lo importante no es

sobresalir, sino responder fielmente a lo que Dios ha diseñado.

La esperanza del llamamiento también corrige la manera en que medimos nuestra vida. Ya no lo hacemos por resultados visibles, ni por comparaciones externas, ni por estándares humanos, sino que comenzamos a evaluarnos desde nuestra alineación con Cristo, desde nuestra fidelidad al diseño, desde nuestra disposición a participar en lo que Dios está haciendo. Y esto trae libertad.

Libertad de la competencia, de la comparación, de la ansiedad por lograr. Libertad para vivir con sentido, aun en lo cotidiano. Libertad para avanzar sin necesidad de validación constante. Porque cuando el propósito es visto correctamente, el corazón descansa. No en la inactividad, sino en la claridad.

Sabemos por qué vivimos, sabemos a quién pertenecemos, sabemos hacia dónde nos dirigimos. Y esa certeza transforma la manera en que enfrentamos cada etapa, cada decisión, cada proceso. El espejo, una vez más, comienza a alinearse.

Esto ocurre, porque dejamos de vernos como si estuviéramos tratando de encontrar nuestro lugar, y comenzamos a vernos como quienes hemos sido llamados a formar parte de un propósito eterno en Cristo. Entonces nos volvemos efectivos, comprometidos y apasionados por trabajar en nuestros dones predominantes.

Desde esa visión, la vida deja de ser una búsqueda incierta para convertirse en una respuesta consciente. Una respuesta a un llamado que no nació en el tiempo, sino en la eternidad. Y que ahora, por revelación, comienza a ser visto, comienza a ser vivido con intensidad.

Sinceramente, creo que muchos hermanos no viven la fe con entusiasmo porque no han descubierto la esperanza del llamamiento. No lo digo pensando que no hayan puesto interés, sino porque no han sido enseñados correctamente. Generalmente, se enfoca todo llamado en la actividad congregacional, y esto no es así.

El llamamiento no siempre está vinculado con lo ministerial. La Iglesia debe romper el paradigma de lo secular y lo religioso. El Reino lo abarca todo, y nuestro propósito debe desarrollarse en la vida, no solamente en la actividad institucional.

Es cierto que algunos tenemos un llamado ministerial claramente vinculado a la expresión de Cristo. Es decir, Cristo es el único apóstol, el único profeta, el único evangelista, el único pastor y maestro. Él ejerce estos roles al impartirse en quienes hemos sido llamados soberanamente. Nadie debería involucrarse en estos dones de ascensión sin haber sido escogido previamente.

Por otra parte, hay muchas actividades de servicio muy necesarias en las congregaciones, y todas pueden relacionarse fácilmente con el propósito de Dios. Sin

embargo, esta es una manera muy limitada de entender el Reino.

Ver la congregación no es ver la Iglesia, y ver la Iglesia no es ver el Reino. Cuando los hermanos hablan de su congregación como si esta fuera la única expresión del Reino, no tienen idea de lo que están diciendo. No porque no lo sea, sino porque esa es apenas una ínfima expresión del Reino.

El Reino está en todo lugar, y debemos expresarlo con nuestra vida en todo tiempo. El llamamiento no está vinculado únicamente a una función ministerial o congregacional, sino que debemos manifestarlo en nuestra familia, en los ámbitos de estudio, de trabajo y en la sociedad.

El propósito eterno es la manifestación de Cristo a través de Su cuerpo, en todo tiempo y lugar. Es el Espíritu Santo encontrando canales para Su manifestación en cada hijo de Dios. Es la gracia expresada en frutos, dones, talentos, capacidades y virtudes divinas en todo tiempo y lugar.

“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.”

Colosenses 3:4



Capítulo nueve

Las riquezas de Su Herencia en los santos

“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis... cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos...”

Efesios 1:18

Después de hablar del llamamiento, Pablo introduce una expresión que, a simple vista, puede parecer familiar, pero que encierra una profundidad que muchas veces pasa desapercibida: las riquezas de su herencia en los santos. No se refiere únicamente a lo que cada creyente ha recibido de manera individual, sino a algo que se manifiesta en un contexto mucho más amplio, más profundo y revelador.

Porque cuando el Espíritu comienza a iluminar esta verdad, dejamos de vernos como portadores aislados de bendición y comenzamos a entender que formamos parte de una riqueza que ha sido distribuida en el cuerpo de Cristo. Y este cambio de perspectiva es fundamental.

Durante mucho tiempo, la vida espiritual ha sido entendida desde una lógica individual, donde cada uno busca su crecimiento, su propósito, su bendición, su experiencia con Dios. Y aunque hay una dimensión personal que es real y necesaria, cuando esta se convierte en el centro, la visión se reduce y la comprensión de la herencia queda incompleta. Porque la herencia no está concentrada en una sola persona, está repartida en los santos.

Esto significa que hay aspectos de la riqueza de Cristo que no están en mí, pero sí están en otros. Que hay expresiones del Reino que no me han sido dadas de manera individual, pero que sí están presentes en el cuerpo. Y que, por lo tanto, el acceso pleno a esa herencia no ocurre en aislamiento, sino en comunión con mis hermanos.

Esta verdad confronta directamente una de las tendencias más fuertes del corazón humano: la autosuficiencia. Porque nos invita a reconocer que no somos completos en nosotros mismos, sino que hemos sido diseñados para funcionar en interdependencia. No como una debilidad, sino como una expresión del diseño divino.

El cuerpo de Cristo no es una figura simbólica, es una realidad espiritual donde cada miembro aporta, cada parte expresa, cada vida refleja algo de la riqueza de Dios. Y cuando esta realidad no es vista, el creyente puede caer en dos extremos igualmente limitantes: intentar ser todo por sí mismo, o desconectarse del valor que otros portan.

Pero cuando la revelación de esta herencia comienza a operar, el corazón se abre a una comprensión más amplia. Ya no se trata solo de lo que Dios me dio a mí, sino de lo que Dios ha depositado en su Iglesia. Y desde esa visión, la comunión con los demás cambia, porque deja de estar marcada por la comparación y comienza a estar definida por la honra.

Se honra lo que otros portan, porque se entiende que forma parte de la herencia. Se celebra la diversidad, porque se reconoce que cada expresión responde a un diseño. Se valora lo que antes podía parecer distante, porque ahora se percibe como parte de una riqueza común. Y esto transforma profundamente la vida en comunidad.

Donde antes había competencia, comienza a haber colaboración. Donde antes había indiferencia, comienza a haber reconocimiento. Donde antes había fragmentación, comienza a haber unidad. No una unidad superficial, sostenida por acuerdos externos, sino una unidad que nace de la revelación de que todos participamos de una misma herencia.

Ahora bien, cuando Pablo habla de riquezas, no lo hace en un sentido limitado. No se refiere únicamente a dones espirituales, aunque estos son parte. Tampoco se limita a capacidades o talentos visibles. Está hablando de una riqueza integral, que incluye todo aquello que Dios ha depositado en su pueblo para el cumplimiento de Su propósito.

Hay dones, hay capacidades, hay virtudes, hay recursos, hay asignaciones, hay expresiones del carácter de Cristo, hay medidas de fe, hay funciones específicas. Todo esto forma parte de esa herencia. Y comprender esto es esencial para pasar de una vida centrada en uno mismo a una vida alineada con el Reino.

Cuando llegamos a la comprensión de esto, dejamos de creer que lo que tenemos es para nosotros y entenderemos que el objetivo es el cuerpo de Cristo. Los dones que tenemos no sirven si no hubiera gente para entregarlos. Es extraño que algunos, por causa de los dones, actúen como si fueran estrellas de cine, y lo que es peor, se enseñorean de los hermanos.

La verdad es que no tenemos algo propio, sino que tenemos todo lo que se nos ha confiado para edificar a otros. No administramos nuestra vida desde la posesión, sino desde la responsabilidad. Dejamos de preguntar únicamente qué podemos recibir, para vivir enfocamos en qué podemos aportar para el bien del prójimo. Y esto cambia completamente la intención y la gestión.

Porque la riqueza deja de ser un fin en sí mismo y se convierte en un medio para el cumplimiento del propósito de Dios. Lo que se ha recibido no es para acumular, sino para impartir. No es para destacar, sino para edificar. No es para afirmar identidad, sino para expresar a Cristo.

Pero esta transición solo ocurre cuando hay revelación. Sin revelación, el creyente puede usar lo que tiene para sí mismo, incluso dentro de contextos espirituales. Puede servir, pero buscando reconocimiento. Puede dar, pero esperando retorno. Puede participar, pero sin comprender realmente el valor de lo que porta. Y en ese estado, aunque hay movimiento, no hay verdadera edificación.

Sin embargo, cuando la revelación de las riquezas en los santos comienza a operar, el corazón es alineado con el diseño de Dios. Y desde esa alineación, la vida comienza a fluir de manera diferente.

Se entiende que lo que uno porta no es completo en sí mismo, pero sí es esencial dentro del todo. Que cada expresión tiene valor, no por sí sola, sino en conexión con el cuerpo. Y que la plenitud no se alcanza individualmente, sino colectivamente en Cristo.

Esto también protege al creyente de la frustración, porque deja de medirse por lo que no tiene, y comienza a valorar lo que ha recibido. Y al mismo tiempo, deja de cerrarse en lo que posee, para abrirse a lo que otros aportan. Y en ese equilibrio, la vida espiritual encuentra una estabilidad distinta.

Ya no hay necesidad de competir, porque la herencia es compartida. No hay necesidad de compararse, porque cada uno tiene su medida. No hay necesidad de aislarse, porque la

plenitud está en la comunión. El espejo, una vez más, es ajustado.

Porque dejamos de vernos como individuos aislados tratando de avanzar, y comenzamos a vernos como parte de una riqueza que Dios ha distribuido en su pueblo. Y desde esa visión, la vida ya no se centra en lo que falta, sino en lo que ha sido dado. No solo en uno, sino en todos los santos. Y es allí que comienza a manifestarse una dimensión más plena del Reino.

“Cada uno ponga al servicio de los demás el don que haya recibido, administrando fielmente la gracia de Dios en sus diversas formas”.

1 Pedro 4:10 (NVI)



Capítulo diez

La supereminente Grandeza de Su poder

“alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis...Cuál es la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza...”

Efesios 1:18 y 19

Después de haber guiado la mirada hacia el conocimiento de Dios, el llamamiento y la herencia en los santos, Pablo introduce una dimensión que no solo completa el cuadro, sino que lo activa: la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos. No se trata de un añadido, ni de un recurso opcional, sino de una realidad esencial sin la cual todo lo anterior queda sin manifestación práctica.

Porque no basta con saber quiénes somos, ni con entender para qué fuimos llamados, ni siquiera con reconocer la riqueza que hemos recibido. Si el poder de Dios no es revelado, todo eso permanece en el ámbito de lo potencial,

pero no se expresa en la vida diaria. Y aquí es donde la distancia entre la verdad y la experiencia se hace más evidente.

Muchos creyentes conocen estas verdades, las afirman, las enseñan, pero viven sin evidencia del poder que las respalda. Y esto no ocurre porque el poder no esté disponible, sino porque no ha sido verdaderamente comprendido. Porque el poder de Dios no se activa por repetición, ni por intensidad emocional, ni por esfuerzo humano, sino por revelación.

Pablo no ora para que Dios dé poder, sino para que se revele el poder que ya está operando. Y esta diferencia es crucial. Porque cambia completamente la perspectiva. Ya no se trata de esperar una intervención externa que, en ciertos momentos, descienda sobre la vida del creyente, sino de ver una realidad presente que ya ha sido establecida en Cristo. El poder no es algo distante, es algo que está en operación, pero que necesita ser visto para ser experimentado.

Cuando esta verdad no es revelada, el creyente tiende a relacionarse con el poder de Dios desde la expectativa de eventos. Busca momentos especiales, experiencias intensas, manifestaciones visibles, como si el poder estuviera ligado exclusivamente a ciertas ocasiones. Pero el poder del que habla Pablo no es ocasional, es permanente.

No depende de una atmósfera, ni de un contexto específico, ni de una emoción determinada. Es el mismo poder que operó en Cristo cuando lo resucitó de los muertos,

que lo levantó por encima de todo principado, autoridad y dominio, y que ahora está activo en la vida de los creyentes.

Esto es algo que, si no es revelado, resulta difícil de asimilar. Porque nuestra percepción natural tiende a medir el poder por lo que ve. Y cuando no hay manifestaciones evidentes, asumimos que no hay poder. Pero la realidad espiritual no se rige por lo visible, sino por lo establecido en Cristo.

El problema no es la ausencia de poder, sino la falta de percepción que tenemos por causa del desconocimiento, porque el poder más importante del Reino es la gobernabilidad de Su Rey, en segundo lugar, la obediencia de sus hijos y en tercer lugar lo que podemos por causa de Su gracia. Mientras no veamos este poder como una realidad presente, seguiremos viviendo desde nuestras propias fuerzas, intentando resolver, sostener, avanzar, pero limitados por causa de nuestra capacidad natural.

Esto genera desgaste, porque el ser humano no fue diseñado para vivir la vida del Reino desde su propia fuerza. Fue diseñado para responder al poder de Dios operando en él. Y cuando esa conexión no es comprendida, la vida espiritual se vuelve pesada, exigente, incluso frustrante.

Se ora, se sirve, se intenta avanzar, pero siempre con la sensación de que algo falta. Y en el fondo, lo que falta no es poder, sino revelación del poder. Cuando el Espíritu

comienza a iluminar esta verdad, algo cambia profundamente en la manera en que vivimos.

Cuando maduramos, dejamos de vernos como seres necesitados, demandantes, dependientes de atenciones continuas, y comenzamos a obrar como seres revestidos del poder de Dios. Dejamos de esperar condiciones para actuar, y comenzamos a movernos desde las riquezas que han sido depositadas en nosotros por causa de la vida de Cristo que nos habita y en quién habitamos. Esto transforma la forma de enfrentar la vida y encarar las adversidades.

Las circunstancias dejan de ser determinantes, porque hay una realidad superior que las trasciende. Los desafíos dejan de ser obstáculos insuperables, porque ya no los enfrentamos desde nuestra humana debilidad, sino desde el poder de Dios. Incluso las limitaciones personales comienzan a perder su peso, porque el enfoque deja de estar en lo que nosotros no podemos, para centrarnos en lo que Dios ya ha realizado.

Esto no significa que nos volvamos autosuficientes, sino todo lo contrario, nos volvemos efectivamente dependientes. Significa que dejamos de depender de nosotros mismo para comenzar a depender correctamente de lo que Dios ha establecido en Cristo.

Ese poder al que me refiero, no está separado de la persona de Cristo. No es una energía impersonal, ni una capacidad independiente. Es la expresión de Su vida, de Su

victoria, de Su autoridad. Por lo tanto, solo puede ser entendido y ejercido en comunión con Él.

Esto también corrige una de las distorsiones más comunes, que es la de confundir poder con manifestaciones externas sin fundamento. El verdadero poder del Reino no se mide por lo espectacular, sino por lo que transforma. No se define por lo que impresiona, sino por lo que establece. No se limita a momentos visibles, sino que se expresa en una vida alineada con la autoridad de Cristo.

Es un poder que sostiene, que afirma, que gobierna. Y aquí es donde entramos en una dimensión clave: “la autoridad”. En una ocasión fui cuestionado por enseñar que el verdadero poder del Reino, no eran los milagros, sino el gobierno del Rey sobre Su pueblo.

En esa ocasión, dijeron que yo estaba en contra de los milagros o que los minimizaba, pero eso no es verdad. Solo pienso que los milagros son el resultado de la obediencia a un Dios soberano al que debemos sujetarnos completamente y no al revés. La búsqueda de la voluntad de Dios en todo, es más trascendente que la expresión de ciertos dones.

El verdadero poder de Dios no solo capacita, también posiciona. No solo permite hacer, también establece desde dónde se hace. Y ese “desde dónde” es fundamental. Poder sin autoridad siempre será pecado, porque la autoridad es la que le otorga un marco de legalidad a todo poder expresado sobrenaturalmente.

Nosotros no debemos actuar intentando obtener autoridad, sino desde la autoridad que ya nos fue dada en Cristo. No podemos posicionarnos por lo que logramos, o por los dones expresados, sino por lo que Dios ha determinado como Su voluntad. Al comprender esto, la vida deja de ser una lucha por alcanzar dominio, para convertirse en una expresión de gobierno espiritual.

El gobierno espiritual, primeramente, es Divino. No es control, no es imposición, no es dominio natural. Es una manifestación de la autoridad de Cristo sobre las realidades espirituales, sobre los ambientes, sobre las situaciones, desde una vida alineada con Él. Y esto solo puede ocurrir cuando el poder es visto correctamente.

Porque si no entendemos el poder que opera en nosotros, no podemos ejercer la autoridad que nos ha sido dada. Y si no ejercemos esa autoridad, viviremos por debajo de nuestra posición en Cristo, solo reaccionando ante lo que deberíamos gobernar. Aquí es donde el espejo alcanza un nivel aún más profundo de alineación.

Porque ya no solo muestra nuestra identidad, sino también nuestro propósito, nuestra herencia, y también nuestra capacidad. Una capacidad que no nace del esfuerzo, ni del talento, ni de la experiencia, sino del poder de Dios operando en Cristo y ahora en Su Iglesia.

Cuando esa realidad es vista, la vida cambia. No porque todo se vuelva fácil, sino porque todo comienza a ser

enfrentado desde una posición distinta. Desde arriba, no desde abajo. Desde Cristo, no desde uno mismo. Desde el poder, no desde la limitación. Y en ese lugar, dejamos de vivir reaccionando a la vida, para comenzar a gobernar conforme al diseño de Dios.

Porque la supereminente grandeza de su poder no es una idea teológica. Es una realidad que, cuando es revelada, transforma completamente nuestra manera de vivir y nuestra manera de expresarnos ante el mundo.

“...Sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.”

Efesios 1:22 y 23



Capítulo once

Volver al principio Con los ojos abiertos

*“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos bendijo con toda bendición espiritual en los
lugares celestiales en Cristo”.*

Efesios 1:3

Hay momentos en el caminar espiritual en los que no se avanza añadiendo nuevas verdades, sino volviendo a las mismas, pero desde una mirada transformada. No porque lo anterior haya sido insuficiente, sino porque ahora puede ser visto con claridad. Y esto es precisamente lo que ocurre después de que el Espíritu Santo comienza a revelar el conocimiento de Dios, el llamamiento, la herencia y el poder.

El corazón ya no es el mismo, la mente ya no interpreta de la misma manera, la percepción ha sido tocada, y entonces, lo que antes parecía familiar comienza a adquirir un peso completamente distinto. Volver al inicio no es retroceder, es profundizar.

Es regresar a aquello que ya fue dicho, pero que ahora puede ser comprendido en una dimensión que antes no era posible. Es tomar las mismas palabras, las mismas declaraciones, y permitir que la luz que ha sido impartida revele su verdadera profundidad. Porque hay verdades que solo pueden ser entendidas después de haber sido preparadas por otras.

Y una de ellas es aquella declaración que, al comienzo, puede parecer simplemente una introducción, pero que en realidad contiene una de las afirmaciones más completas de toda la identidad en Cristo: hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales.

Antes, quizás, esta verdad era leída como una promesa, como una expresión espiritual elevada, incluso como una realidad deseable, pero no necesariamente experimentada. Podía ser afirmada con convicción, pero no siempre comprendida en su alcance real.

Pero ahora, después de haber pasado por el proceso de revelación, esa misma declaración ya no se percibe de la misma manera. Porque el corazón ha sido preparado para verla. Ya no se interpreta desde la necesidad, sino desde la provisión. Ya no se escucha como algo que se espera, sino como algo que ya ha sido otorgado. Ya no se recibe como una idea inspiradora, sino como una base sobre la cual se construye la vida. Y esto cambia completamente la comunión que tenemos con Dios.

Esto ocurre porque dejamos de acercarnos desde la carencia para comenzar a hacerlo desde la plenitud. Ya no oramos intentando alcanzar algo que aún no tenemos, sino que oramos desde la conciencia de lo que ha sido establecido en Cristo. Ya no buscamos convencer a Dios, sino que tratamos de comprender lo que Él ya hizo.

Esto no elimina la dependencia, sino que la redefine. Porque la dependencia ya no está orientada a recibir algo que falta, sino a ver lo que ya fue dado. No se trata de obtener, sino de entender. No de generar, sino de percibir. Y en ese proceso, la vida espiritual deja de ser una lucha constante por acceder, para convertirse en un aprendizaje progresivo de administración.

Este es un punto clave, porque mientras algunos hijos de Dios vivan intentando obtener, permanecerán en una dinámica de esfuerzo. Pero cuando comienzan a ver lo que ya hemos recibido en Cristo, entrarán en una dinámica completamente distinta: la de administrar lo que ya se nos ha confiado.

Administrar no en un sentido humano de control, sino en una expresión espiritual de gobierno. Es reconocer lo que se posee, comprender su naturaleza y aprender a vivir desde esa realidad. Y esto requiere una transformación profunda en la manera de pensar.

Porque la mente natural ha sido entrenada para buscar, para esforzarse, para alcanzar. Pero en el Reino, muchas

veces el movimiento no es hacia adelante en términos de obtención, sino hacia adentro en términos de revelación.

No se trata de traer algo desde afuera, sino de ver lo que ya está en Cristo. Y este cambio no siempre es inmediato, porque implica desaprender formas de pensar que han estado arraigadas durante mucho tiempo. Implica soltar la necesidad de controlar, de asegurar, de producir, para comenzar a confiar en lo que Dios ya ha establecido.

Pero cuando este proceso avanza, el corazón entra en un reposo distinto. No un reposo pasivo, sino un reposo activo, donde la vida se vive desde una certeza interna. Ya no hay ansiedad por alcanzar, porque se entiende que la base ya está puesta. Ya no hay urgencia por demostrar, porque la identidad ya ha sido afirmada. Ya no hay temor por no llegar, porque la posición ya ha sido establecida. Y desde ese lugar, todo comienza a alinearse.

Las decisiones ya no se toman desde la presión, sino desde la claridad. Las acciones ya no nacen del impulso, sino de la comprensión. La vida ya no se construye desde la reacción, sino desde la revelación. Esto también transforma la manera en que interpretamos los procesos.

Porque ya no los vemos como obstáculos que nos alejan de la bendición, sino como escenarios donde aprendemos a caminar en lo que ya hemos recibido. Incluso las dificultades dejan de ser señales de ausencia y comienzan a ser oportunidades para afirmar lo que se nos ha revelado.

En ese contexto, la fe adquiere una dimensión más profunda. Ya no es solo creer que Dios puede hacer algo, sino vivir desde la certeza de lo que Dios ya hizo. No es esperar una intervención futura, sino responder a una obra consumada. Y esto da estabilidad.

La vida deja de depender de lo que cambia y comienza a apoyarse en lo que permanece. No en las circunstancias, sino en Cristo. No en lo visible, sino en lo eterno. El espejo, en este punto, ya no solo ha sido limpiado, sino alineado.

Ahora refleja con mayor precisión nuestra realidad en Cristo. Ya no muestra una imagen fragmentada, ni condicionada por la experiencia, sino una identidad que comienza a corresponder con lo que Dios ha declarado. Y desde esa visión, la vida ya no se vive intentando llegar a ser, sino expresando lo que ya somos en Cristo.

Volver al inicio, entonces, no es repetir lo aprendido, es verlo por primera vez. Es permitir que lo que siempre estuvo escrito ahora se vuelva visible. Es descubrir que la base sobre la cual todo se sostiene no estaba incompleta, sino que necesitaba ser revelada. Y cuando eso ocurre, el camino deja de ser una búsqueda incierta y se convierte en una caminata firme, sostenida por una verdad que ya no solo se conoce, sino que se ve.

“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos...”

Hechos 17:28

Capítulo doce

Mirarse en el Espejo correcto

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”

2 Corintios 3:18

Después de haber recorrido el camino de la revelación, conociendo a Dios, entendiendo el llamamiento, percibiendo la herencia y reconociendo el poder, nos encontramos frente a una realidad inevitable: “necesita vernos”.

No basta con que la verdad exista. No es suficiente con que haya sido enseñada, ni siquiera con que haya sido aceptada doctrinalmente. Llega un punto donde todo converge en una experiencia personal, silenciosa pero determinante: la manera en que cada uno se mira a sí mismo delante de Dios.

Y es aquí donde la imagen del espejo adquiere su verdadero significado. Porque todos, consciente o inconscientemente, vivimos reflejándonos en algo. Hay una referencia interna que define cómo nos percibimos, cómo nos evaluamos, cómo nos posicionamos frente a la vida. Ese “espejo” no siempre es visible, pero siempre está presente.

El problema no es que exista un espejo, el problema es cuál es el espejo que estamos usando.

Durante mucho tiempo, muchos creyentes han aprendido a mirarse en espejos equivocados. Algunos se observan a través de sus experiencias pasadas, otros desde sus errores, otros desde sus emociones, otros desde las expectativas que sienten que deben cumplir. Incluso hay quienes se miran a través de enseñanzas que, aunque correctas en parte, no han sido iluminadas por el Espíritu Santo, y por lo tanto no producen una imagen completa.

Y todos esos espejos tienen algo en común: reflejan una versión incompleta, distorsionada o limitada de la realidad. Es cuando los creyentes se miran, pero no se reconocen. Se observan, pero no se ven conforme a la verdad. Y como consecuencia, viven desde una identidad que no corresponde con lo que Dios ha establecido en Cristo.

El espejo correcto no es el que refleja lo que sentimos, ni lo que hemos vivido, ni lo que otros han dicho de nosotros. El espejo correcto es aquel que refleja lo que Dios ve. Y esto es profundamente confrontante, porque implica dejar de

confiar en nuestras percepciones naturales para comenzar a depender de la revelación. Implica aceptar que lo que vemos por nosotros mismos no siempre es verdad, y que necesitamos que el Espíritu nos muestre una imagen que no podríamos construir por cuenta propia.

Mirarse en el espejo correcto no es un ejercicio emocional, es un acto espiritual. Es permitir que la verdad revelada en Cristo se convierta en la referencia principal de nuestra identidad. Es dejar que lo que Dios ha dicho tenga más peso que lo que sentimos, que lo que recordamos, que lo que hemos experimentado.

Esto no ocurre de manera automática, porque el alma ha sido entrenada durante años para interpretarse desde lo natural. Ha aprendido a evaluarse por resultados, a definirse por procesos, a limitarse por experiencias. Y cambiar esa manera de verse requiere un proceso de renovación que solo puede ser sostenido por la revelación.

Sin embargo, cuando comenzamos a mirarnos correctamente, algo profundo empieza a alinearse en nuestro corazón. Ya no nos vemos como personas que están intentando ser transformados, sino como hijos de Dios que han sido transformados en Cristo. Ya no nos percibimos desde la carencia, sino desde la plenitud. Ya no somos definidos por lo que aún nos falta, sino por lo que ya hemos recibido en Cristo. Y esto no es una negación de los procesos, sino una reubicación de la identidad.

Ciertamente los procesos siguen existiendo, pero ya no determinan quienes somos. Las áreas a crecer, siguen presentes, pero ya no definen nuestro valor. Las luchas pueden aparecer, pero ya no tienen autoridad para establecer nuestra identidad. El espejo correcto no ignora la realidad, pero la interpreta desde la verdad eterna.

En este punto, comenzamos a experimentar algo que antes parecía lejano: “coherencia espiritual”. Una coherencia entre lo que Dios dice y lo que vemos de nosotros mismos. Entre lo que hemos recibido y lo que comenzamos a vivir. Entre nuestra posición en Cristo y nuestra experiencia diaria. Y esa coherencia no nace del esfuerzo, sino de la visión.

Porque la vida siempre se alinea con aquello que se ve. Si hay creyentes que se siguen viendo como insuficientes, vivirán desde la insuficiencia. Si se perciben como distantes, actuarán desde la distancia. Si se ven limitados, responderán desde la limitación. Pero si comienza a verse como Dios los ve, sus vidas inevitablemente comenzarán a reflejar esa realidad.

No de manera forzada, sino natural. No como una imitación, sino como una expresión. Y esto es lo que Pablo describe cuando habla de ser transformados al contemplar. No se trata de intentar cambiar para parecerse a Cristo, sino de contemplar a Cristo hasta que Su imagen se refleje en nosotros. Porque la transformación en el Reino no ocurre por presión, sino por visión.

Lo que se contempla, se internaliza. Lo que se internaliza, se manifiesta. Y en ese proceso, el espejo deja de ser un objeto pasivo para convertirse en un instrumento activo de transformación. Porque no solo muestra lo que somos, sino que al verlo, nos alinea con esa realidad, esto también implica una decisión constante.

Porque siempre habrá otros espejos disponibles. La vida, las circunstancias, las emociones, las voces externas... todo intentará ofrecernos una imagen alternativa. Y entonces deberemos decidir, una y otra vez, desde dónde aceptaremos mirarnos.

No desde la negación de lo que sentimos, sino desde la afirmación de lo que Dios ha dicho. No ignorando la realidad presente, sino interpretándola desde la verdad. Y en esa decisión, el corazón se fortalece.

Simplemente porque aprendemos a sostenernos en lo que se nos ha revelado, incluso cuando lo visible no parece corresponder completamente a eso. Aprendemos a mantenernos en la imagen correcta, aun en medio de duros procesos. Aprendemos a vernos más allá de lo inmediato, para alinearnos con lo eterno.

El espejo, entonces, deja de ser una metáfora lejana y se convierte en una práctica diaria. Una forma de vivir, una manera de posicionarse. Mirarnos en el espejo correcto es, en esencia, vivir desde la revelación. Es permitir que la imagen de Cristo en nosotros sea más real que cualquier otra

percepción. Es aceptar que nuestra identidad no se construye, sino que se recibe. Y que una vez recibida, necesita ser vista para poder ser vivida.

Porque al final, el mayor problema no es lo que aún no ha cambiado. Es lo que aún no ha sido visto. Y cuando finalmente vemos espiritualmente, la vida comienza a reflejar lo que siempre estuvo presente en Cristo.

“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.”

1 Juan 3:1 al 3



Capítulo trece

Sin Velo Reflejando Su presencia

“Por eso, todos nosotros, ya sin el velo que nos cubría la cara, somos como un espejo que refleja la gloria del Señor, y vamos transformándonos en su imagen misma, porque cada vez tenemos más de su gloria, y esto por la acción del Señor, que es el Espíritu.

2 Corintios 3:18 DHH

Hay una diferencia profunda entre ver y reflejar. Durante gran parte del proceso espiritual, el énfasis ha estado en recibir revelación, en permitir que el Espíritu ilumine el entendimiento y corrija la manera en que nos percibimos a nosotros mismos en Cristo. Pero llega un punto donde esa revelación ya no puede permanecer solo como una experiencia interna. Lo que ha sido visto comienza, inevitablemente, a manifestarse.

La vida empieza a reflejar aquello que ha sido contemplado. Y es aquí donde aparece una de las imágenes más poderosas de la Escritura: “la del velo”.

Cuando Moisés descendía del encuentro con Dios, su rostro resplandecía con un reflejo de la gloria que no podía ser ignorada. No era una luz producida por él, ni una manifestación buscada, sino el resultado natural de haber estado en la presencia de Dios. Sin embargo, ese mismo reflejo que evidenciaba el encuentro también era cubierta. Un velo era colocado, no porque la gloria no fuera real, sino porque no podía ser contemplada abiertamente.

Esa escena citada por Pablo no solo describe un momento histórico, sino una realidad espiritual que, de diferentes maneras, ha continuado manifestándose, porque aún hoy existen velos.

No necesariamente velos visibles, pero sí reales en su efecto. Velos que no niegan completamente la obra de Dios, pero que sí limitan Su manifestación. Velos que permiten cierta cercanía, pero no una expresión plena. Velos que, de alguna manera, mantienen la vida espiritual contenida, reducida, controlada. Y muchos de estos velos no son impuestos externamente, sino sostenidos internamente.

Estos velos son formas de pensar, de interpretar, de posicionarse. Son estructuras que, aunque puedan parecer correctas, impiden que la unción de Dios sea reflejada con libertad. Es muy penoso que algunos hijos de Dios vivan en comunidad, estudien, trabajen, convivan rodeado de personas que, en muchos casos, ni siquiera notan que son cristianos. Y no me refiero a que se enteren que tenemos una Biblia o que

vamos al culto los domingos, me refiero a la vida, me refiero a la unción.

Uno de esos velos es la religiosidad, que transforma la relación con Dios en un sistema de formas, donde lo externo reemplaza lo interno y donde la vida se mide más por la apariencia que por la realidad espiritual. Los religiosos no transmiten unción, de hecho, la unción es deseable mientras que la religiosidad produce rechazo.

Otro velo es el temor, que lleva al creyente a ocultar lo que Dios ha hecho en él, por inseguridad, por comparación o por falta de claridad en su identidad. También está el velo del humanismo, que reduce la vida espiritual a lo que el hombre puede comprender o controlar, limitando así la expresión de lo sobrenatural.

Pero todos estos velos tienen algo en común: impiden que Cristo sea visto con claridad. Porque el propósito final no es simplemente que el creyente vea, sino que refleje. Y esto cambia completamente la perspectiva.

La vida cristiana no termina en la revelación, sino que continúa en la manifestación. No es suficiente con conocer, es necesario expresar. No basta con entender, es necesario reflejar. Pero este reflejo no es el resultado de un esfuerzo humano por mostrar algo, sino la consecuencia natural de una vida que ha sido transformada por la revelación.

Así como Moisés no intentaba brillar, sino que brillaba como resultado de haber estado con Dios, el creyente no está llamado a producir una imagen espiritual, sino a reflejar lo que ha contemplado. Y aquí es donde la ausencia de velo se vuelve esencial. Porque mientras haya velo, el reflejo será parcial.

Puede haber verdad, pero no claridad. Puede haber vida, pero no expresión. Puede haber conocimiento, pero no manifestación. Pero cuando el velo es quitado, algo se libera. La comunión con Dios se vuelve abierta, directa, sin intermediaciones humanas que limiten. La identidad deja de estar oculta y comienza a expresarse con libertad. Y la unción que antes parecía reservada para momentos específicos comienza a formar parte de la vida diaria.

Esto no significa que nos volvamos perfectos en nosotros mismos o en nuestra conducta, sino que nuestra vida comienza a reflejar cada vez más claramente la persona de Cristo. Y este reflejo no es uniforme, sino diverso, porque cada vida expresa una medida de gloria de manera única, conforme a la medida, al diseño y a la asignación que ha recibido.

Pero en todos los casos, hay un elemento común: “la ausencia de velo permite que Cristo sea visto”. Esto también implica una transición importante. Por supuesto, entendamos esto espiritualmente.

Durante mucho tiempo, muchos creyentes han vivido enfocados en su propia experiencia espiritual, en su crecimiento, en su proceso. Y aunque eso es necesario, no es el destino final. El propósito no es solo ser transformados, sino que esa transformación sea visible.

Lo ideal es que el mundo pueda ver, que resplandezcamos como luminares en él (**Filipenses 2:15**). No una versión idealizada, ni una imagen construida, sino una expresión real de Cristo en personas comunes, en contextos cotidianos, en medio de la vida.

La Biblia nos enseña que la gloria de Dios no fue diseñada para permanecer oculta en lo interno, sino para manifestarse a Su pueblo y a través de Su pueblo. Lógicamente, de la unción a la gloria, el pueblo debe tener responsabilidad y temor, porque nada esto es accesible desde la pecaminosidad o la liviandad espiritual. Y esto requiere valentía.

Valentía para vivir en verdadera santidad, sin máscaras, sin pretensiones, sin esconder lo que Dios ha hecho. Valentía para sostener la verdad revelada, incluso cuando no es comprendida por otros. Valentía para caminar desde la identidad, sin volver a los antiguos espejos que ofrecían una imagen distorsionada.

Pero esa valentía no nace del esfuerzo, sino de la certeza. Cuando hemos visto correctamente, no necesitamos proteger una imagen, porque ya no vivimos desde una

construcción humana. Vivimos desde una realidad que no necesita ser sostenida, sino simplemente expresada. Y en ese lugar, la unción fluye.

No fluye como un evento aislado, sino como una manifestación progresiva. No como algo reservado para ciertos momentos, sino como una realidad que se hace visible en la vida, en las decisiones, en las relaciones, en la manera de vivir. El espejo, en este punto, ya no solo refleja hacia adentro. Comienza a reflejar hacia afuera.

Lo que antes era una visión interna ahora se convierte en una expresión externa. Lo que fue revelado en lo secreto comienza a ser evidente en lo visible. Y la vida del creyente se transforma en un testimonio vivo de lo que Dios ha hecho. Sin necesidad de forzar, sin necesidad de aparentar. Simplemente reflejando.

Cuando vivimos sin velo, la unción no puede ser contenida. Y lo que ha sido visto en Cristo comienza a ser visto en nosotros. Al final de eso se trata ser sus embajadores en un mundo que tanto lo necesita.

“Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará. Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”

2 Corintios 3:16 al 18

Capítulo catorce

Embajadores del Reino

“Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

2 Corintios 5:20 y 21

Después de haber visto, de haber sido afirmados en la identidad, de haber comprendido el llamamiento, la herencia y el poder, y de haber quitado los velos que impedían reflejar la unción, nos encontramos inevitablemente frente a una realidad que ya no podemos evitar, y es que hemos sido enviados con propósito, que ciertamente tenemos una asignación divina.

Porque la revelación no termina en la transformación personal, sino que conduce a la representación. No fue dada solo para ordenar la vida interna, sino para posicionar al creyente como expresión visible del Reino de Dios en medio de la tierra. Y es aquí donde la identidad alcanza su propósito pleno.

No se trata únicamente de saber quiénes somos en Cristo, sino de vivir de tal manera que esa identidad sea visible en el contexto donde estamos. No es suficiente con haber recibido, es necesario representar. No basta con entender, es necesario manifestar. La figura del embajador expresa con claridad esta realidad.

Un embajador no vive en nombre propio, no habla por iniciativa personal, no representa sus intereses. Su vida está completamente alineada con el gobierno que lo envió. Su autoridad no nace de sí mismo, sino de aquel a quien representa. Y su función no es construir un reino propio, sino manifestar un Reino que ya existe. Así es la Iglesia.

No ha sido llamada a establecer su propia agenda, ni a definirse por las dinámicas del mundo, ni a adaptarse a los sistemas humanos para encontrar relevancia. Ha sido enviada como embajadora de un Reino que no tiene origen en la tierra, pero que se manifiesta en ella a través de vidas que han sido alineadas con Cristo. Esto debe redefinir completamente la manera en que nos percibimos y en cómo percibimos nuestro entorno.

No es simplemente que vivimos nuestra vida como buena gente, intentando hacer el bien, sino que somos hijos de Dios, posicionados para representar a Cristo. Es por esto que nuestra vida debe adquirir un sentido mayor, una dirección más clara, una responsabilidad más profunda. No porque tengamos que cargar con una simple exigencia, sino

porque hemos sido incluidos en el propósito eterno. Y esta representación no es teórica, es práctica.

Esta misión se expresa en la manera en que vivimos, en cómo respondemos, en cómo nos relacionamos, en cómo tomamos decisiones, en cómo enfrentamos los desafíos. Cada aspecto de nuestra vida se convierte en una oportunidad para manifestar la realidad del Reino.

Pero esto solo es posible cuando la identidad ha sido afirmada. Porque nadie puede representar correctamente lo que no conoce. Si no hemos sido establecidos en quienes somos en Cristo, nuestra representación será inestable, fluctuante, condicionada por las circunstancias. Pero cuando la identidad es clara, la representación se vuelve coherente. No perfecta, pero sí auténtica, no forzada, pero sí natural.

Porque ya no se trata de intentar parecer algo, sino de expresar lo que se nos ha revelado. Esto también implica una comprensión correcta de la autoridad.

Los embajadores del Reino, no necesitamos generar autoridad, simplemente la portamos cuando el Espíritu Santo nos guía (**Romanos 8:14**). No la construimos, la representamos. No la defendemos desde nosotros mismos, sino que la ejercemos en función del Reino al que pertenecemos. Y esto es fundamental, porque nos libera de una de las cargas más innecesarias: la de intentar sostener nuestra vida espiritual por medio de nuestra fuerza y nuestra capacidad.

La autoridad no se produce, se reconoce. Y al ser reconocida, se ejerce. Pero este ejercicio no es independiente de la comunión. Los embajadores de Cristo, no actuamos desconectados del gobierno que nos asignó una misión. Nuestra eficacia depende de esta alineación espiritual. No podemos representar el Reino correctamente si no permanecemos en comunión con Cristo, porque todo lo que ha sido recibido fluye desde esa conexión.

Sin comunión, la representación se vacía. Sin dependencia, la autoridad se distorsiona. Sin revelación continua, la vida comienza a operar desde la memoria, en lugar de hacerlo desde la vida. Por eso, la vida del embajador no es solo una expresión externa, sino una relación constante. No es una función que se activa en ciertos momentos, sino una identidad que se vive de manera permanente.

Esta identidad espiritual transforma la manera en que nos posicionamos frente al mundo. Ya no reaccionamos desde lo que nos ocurre, sino que respondemos desde lo que representamos. No somos definidos por nuestro entorno, sino que, por el contrario, nosotros somos de influencia en todo ambiente en el que estemos. No somos arrastrados por las dinámicas externas, sino que establecemos una realidad distinta desde nuestra conexión con el Señor.

Esto es gobierno espiritual. No en términos humanos de control, sino en una expresión espiritual donde nuestra vida introduce la realidad del cielo en la tierra. No por

imposición, sino por manifestación. No por esfuerzo, sino por alineación. Y en este punto, todo lo anterior converge.

La identidad, el llamado, la herencia, el poder, la revelación, el espejo... todo encuentra su sentido en esta expresión final: “representar a Cristo”.

Porque no fuimos escogidos solo para ser transformados, fuimos escogidos para manifestar la verdad que portamos. No fuimos bendecidos solo para disfrutar de la gracia, sino que somos bendecidos para expresar esa gracia maravillosa. No fuimos posicionados solo para entender, sino que fuimos posicionados para gobernar conforme al Reino. Y esto no es una carga, es un privilegio.

El privilegio de portar Su nombre, de reflejar Su vida, de participar en Su propósito. El privilegio de vivir en la tierra con una identidad que no nació en la tierra sino en el cielo. El privilegio de ser, en medio de un mundo que no ve, una expresión visible de lo que se nos ha revelado en Cristo. Y aquí es donde el espejo alcanza su propósito final.

Porque ya no se trata solo de ver correctamente, se trata de reflejar correctamente. De vivir de tal manera que aquello que hemos contemplado en Cristo pueda ser visto en nosotros. Sin distorsión, sin velo, sin sustitutos, solo Cristo.

Lamentablemente, si le preguntamos a la sociedad actual respecto de la Iglesia, muchos dirán que los evangélicos son numerosos, que en general son buena gente,

que tenemos un sinfín de pequeños salones de reunión por todas partes, que somos en muchos casos alegres y ruidosos. También señalarán que existen varias Iglesias enormes, que hay muchos jóvenes entre nosotros, que usamos con frecuencia las redes sociales; pero la identificación primaria no sería la unción que portamos.

Obviamente, la gente no conoce lo que es la unción. Me refiero a que, ante la consulta, pudieran describir la integridad de los hijos de Dios, los valores innegociables, la generosidad y el poder sobrenatural para liberar, sanar y restaurar vidas.

No sugiero que estas cosas no estén; gracias a Dios las sigo viendo cada día. Digo que deberían potenciarse, que deberían ser notorias, destacadas y continuas. Una Iglesia comprometida, despierta espiritualmente, viviendo con mentalidad de Reino, bajo los parámetros del Nuevo Pacto, sin religiosidad ni legalismos, puede ser una Iglesia verdaderamente gloriosa.

Algunos critican mucho a la Iglesia; yo creo que no estamos tan lejos de esa verdad. No porque sea lo que percibo con mis ojos naturales, sino porque trabajo sirviendo a la Iglesia mientras la observo espiritualmente. La Iglesia es realmente preciosa, es santa, pura y gloriosa.

Tal vez haya una porción de gente que no lo perciba, aunque participe de la Iglesia y se beneficie de su unción. Tal vez existan mezclas doctrinales y falsos ministros, falsos

hermanos y falsas unciones que pretenden engañar. Pero detrás de todo eso, la Iglesia verdadera sigue vigente, sigue soportando, sigue avanzando y no claudicará.

Como maestro, sufro cuando veo lo que está mal; pero de todas maneras jamás dejaría de trabajar en el diseño de la Iglesia, porque esa es mi asignación. Y mientras tenga vida, trabajaré con pasión. Sirvo a Dios y sirvo a la Iglesia; no me apartaría jamás de mi llamado y aliento a cada ministro, a cada pastor, a renovar sus fuerzas y su confianza, porque la Iglesia es un diseño divino y, a la larga, terminará triunfando.

Los diseños de Dios siempre funcionan, y ser parte de ese propósito es verdaderamente glorioso. Debemos disfrutar de nuestra misión. No debería haber ministros frustrados, enojados, cansados o indignados por lo que no funciona. ¡Tranquilos! Trabajemos con pasión, porque los diseños de Dios funcionan. Solo debemos mirarlos en el espejo correcto y veremos que la Iglesia es gloriosa.

“...Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.”

Efesios 5:25 al 27

Oración por revelación:

Padre Eterno, nos acercamos a Ti no desde la distancia, sino desde la obra perfecta de Cristo. No como extraños, sino como hijos que han sido recibidos, aceptados y posicionados en Ti antes de que pudiéramos entenderlo, antes de que pudiéramos responder, antes incluso de haber existido...

Hoy no venimos a pedirte algo nuevo, como si aún no hubieras dado, sino a pedirte que nos permitas ver lo que ya has establecido. Porque reconocemos que el problema nunca fue la falta de provisión, sino la falta de revelación...

Señor, abre nuestros ojos. No solo para comprender, sino para ver. No solo para oír, sino para percibir. No solo para aprender, sino para ser transformados por la luz de lo que Tú ya nos has otorgado en Cristo...

Danos espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Tu persona y de Tu verdad...

Que no nos conformemos con saber acerca de Ti, sino que entremos en una revelación creciente de quién eres. Que nuestra vida no se sostenga en conceptos, sino en una comunión viva, donde Tu persona sea más real que cualquier circunstancia, más firme que cualquier pensamiento, más determinante que cualquier experiencia...

Quita todo velo que aún permanezca sobre nuestro entendimiento. Todo aquello que ha distorsionado la imagen, todo lo que hemos asumido como verdad sin haber sido iluminado por Tu Espíritu, todo lo que nos ha mantenido viéndonos desde la tierra y no desde el cielo...

Rompe en nosotros todo paradigma de mérito, toda raíz de culpa, todo intento de sostenernos en nuestras propias

fuerzas. Enséñanos a descansar en la gracia. A vivir desde lo que ya hemos recibido. A dejar de intentar alcanzar lo que Tú ya has otorgado en Cristo...

Padre, revela en nosotros la esperanza de Tu llamamiento. Que dejemos de buscar propósitos fuera de Ti, y que podamos comprender que hemos sido llamados a participar de un diseño eterno, que no nació en nosotros, sino en Tu voluntad. Ordena nuestra vida dentro de ese propósito, alinea nuestros deseos, ajusta nuestra visión, y danos la claridad de saber que no estamos improvisando nuestro camino, sino respondiendo a lo que Tú ya estableciste...

Haznos ver las riquezas de Tu herencia en los santos. Quita de nosotros todo individualismo, toda autosuficiencia, toda forma de vivir desconectados del cuerpo...

Padre, revela en nosotros la supereminente grandeza de Tu poder. No como una idea, no como un concepto, sino como una realidad viva operando en nuestro interior. Líbranos de vivir desde nuestras limitaciones, de reaccionar desde nuestra debilidad, de enfrentar la vida desde nuestra propia fuerza. Haznos conscientes del poder que operó en Cristo y que ahora opera en nosotros. Enséñanos a vivir desde esa realidad. A caminar desde esa autoridad. A responder desde esa posición. Que dejemos de ser arrastrados por lo que ocurre, y comencemos a gobernar conforme a Tu Reino...

Señor, ajusta nuestro espejo. Corrige toda imagen distorsionada. Sana la manera en que nos hemos visto a nosotros mismos...

Arranca de raíz toda identidad construida fuera de Cristo, y establece en nosotros una visión clara, firme, inamovible de quiénes somos en Él. Que podamos vernos como Tú nos ves.

Que podamos vivir desde esa verdad. Que podamos dejar de esforzarnos por ser, y comenzar a caminar desde lo que ya somos. Y llévanos más allá...

Libéranos de toda forma de religiosidad, de todo temor, de toda estructura que limite la expresión de Tu vida en nosotros...

Que Cristo sea visible en nuestra manera de vivir. En nuestras decisiones. En nuestras relaciones. En todo lo que somos...

Y finalmente, envíanos, no como quienes buscan un lugar, sino como quienes han sido posicionados. No como quienes intentan representar, sino como quienes viven alineados con el Reino. Haznos conscientes de que somos embajadores...

Que no vivimos para nosotros mismos, sino para manifestar a Aquel que nos llamó...

Que cada espacio donde estemos se convierta en una oportunidad para reflejar Tu gloria. Que cada circunstancia sea un escenario donde Tu Reino se haga visible. Que cada día sea una expresión de lo que hemos visto en Cristo...

Padre, que nunca volvamos a los antiguos espejos. Que no volvamos a mirarnos desde lo natural, desde el pasado, desde la limitación. Que permanezcamos en la verdad revelada...

Que vivamos en la luz. En el Nombre de Jesús... ¡Amén!



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

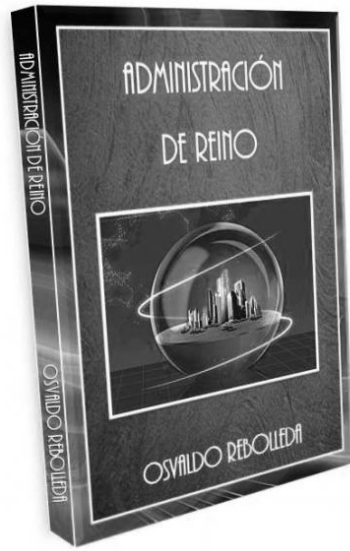
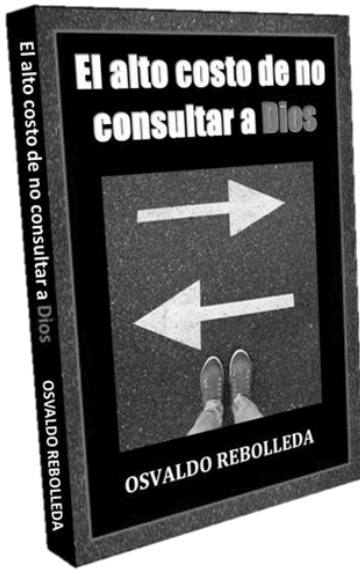
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

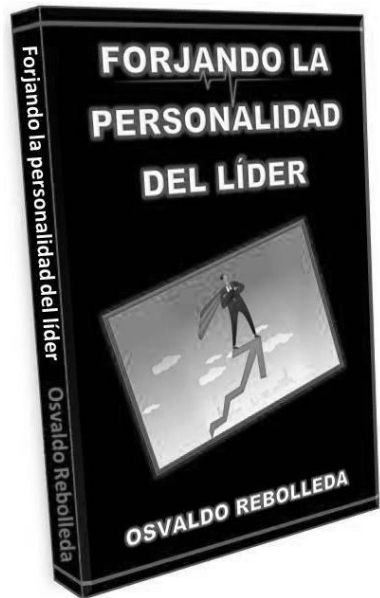
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

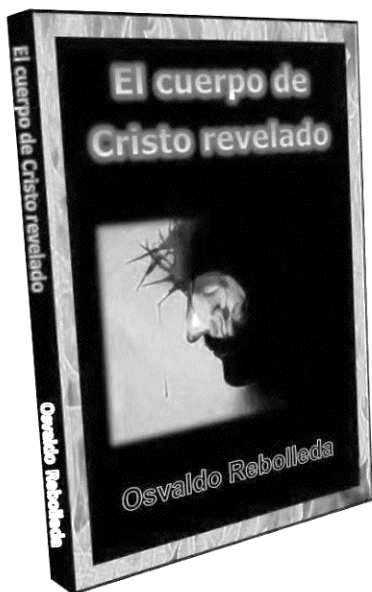
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



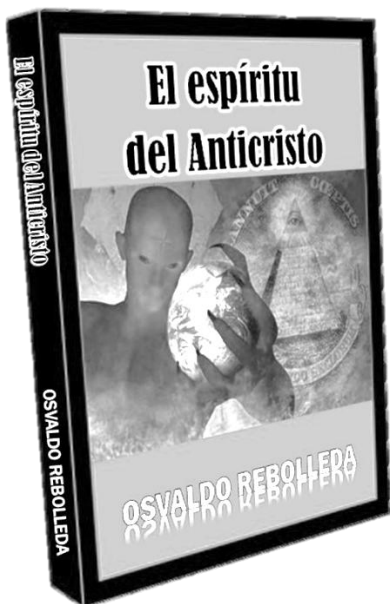
www.osvaldorebolleda.com



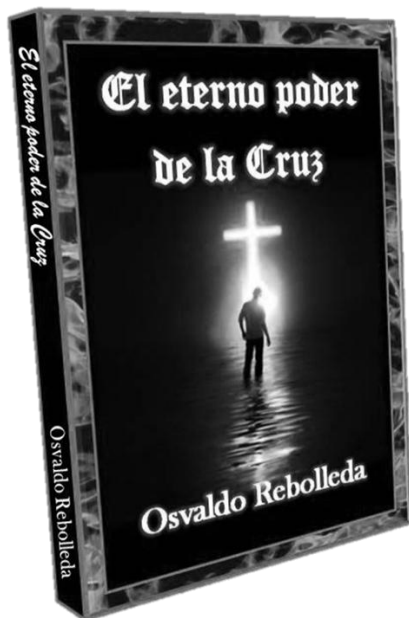
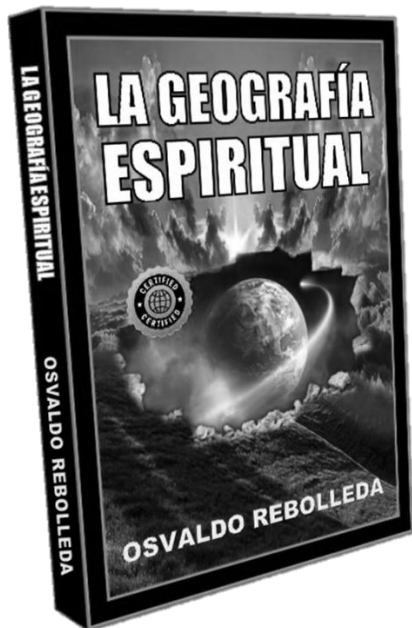


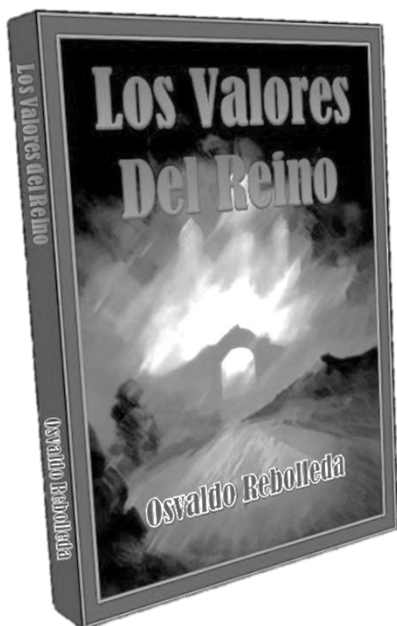
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

